

Kipling - Ocampo
Unamuno - Wells y otros

Antología del cuento extraño

Selección, traducción y
noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh

4

EDICIAL

INDICE

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

1- METAMORFOSIS

G. B. STERN

2- GEMINI

JOSEPH CONRAD

3- LA BESTIA

OSCAR CERRUTO

4- LOS BUTRES

PRÓSPERO MÉRIMÉE

5- LA VENÚS DE ILLE

H. G. WELLS

6- LA PUERTA EN EL MURO

GUILLOME APOLLINAIRE

7- EL POETA RESUCITADO

SILVINA OCAMPO

8- LA SED

RUDYARD KIPLING

9- LA LITERA FANTASMA

MIGUEL DE UNAMUNO

10- EL QUE SE ENTERRÓ

T'AO YUAN-MING

11- LA FUENTE DE LAS FLORES DE DURAZNO

LEONIDAS ANDREIEV

12- LÁZARO

ANTOLOGÍA DEL CUENTO EXTRAÑO

IV

Selección, traducción y noticias
biográficas por Rodolfo J. Walsh

EDICIAL

Edición Impresa

© 1976 by Edicial

Rivadavia 739 —Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

Edición Digital

Construcción y diseño a cargo de Libronauta

© 2001 by Edicial

Rivadavia 739 —Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

I.S.B.N. 950-506-304-0

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización por escrito de Edicial y Libronauta Argentina S.A., la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

METAMORFOSIS

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA, el múltiple y regocijante escritor español, nació en Madrid en 1888. Ha escrito novelas en serio y en broma, ha escrito biografías, cuentos y libros de arte, ha reivindicado el chiste, ha dictado conferencias desde un trapecio, ha inventado un nuevo género literario —con lo escasos que andan y como prueba máxima de vitalidad y resistencia está, desde hace varios años, radicado en Buenos Aires.

METAMORFOSIS

No era brusco Gazel, pero decía cosas violentas e inesperadas en el idilio silencioso con Esperanza. Aquella tarde había trabajado mucho y estaba nervioso, deseoso de decir alguna gran frase que cubriese a su mujer asustándola un poco. Gazel, sin levantar la vista de su trabajo, le dijo de pronto:

—!Te voy a clavar con un alfiler como a una mariposa!

Esperanza no contesto nada, pero cuando Gazel volvió la cabeza vió como por la ventana abierta desaparecía una mariposa que se achicaba a lo lejos, mientras se agrandaba la sombra en el fondo de la habitación.

G. B. STERN

GEMINI

GLADYS BRONWYN STERN, novelista inglesa, nació en Londres en 1890. Obras: Panthomime (1914), The Back Seat (1923), Tents of Israel (1924), Thunderstorm (1925) , Debonair (1928), Mosaic (1930), Monogram (1936), The Woman in the Hall (1939), Another Part of the Forest (1941), The Young Matriarch (1942).

II GEMINI

—Oye... ¿qué ha sido de David Merriman? La pregunta era formulada a menudo, pero aquella noche había urgencia por conocer la respuesta. Se echaba de menos a Merriman. Se echaba de menos su vitalidad, su buen humor y su ridícula costumbre de entrar en interminables divagaciones, cualquiera fuese el tema en discusión, como un río desbordado al que es preciso oponer un dique.

Hasta seis semanas atrás, Merriman era accesible a cualquiera, y en todo momento; pero últimamente circulaban sobre él extraños rumores. En efecto, no había desaparecido, a la manera de Waring y de otras misteriosas víctimas del *Wanderlust*:

What's become of Waring
Since he— gave us all the slip?...¹

Corpóreamente, estaba aún en Londres, en su casa, aunque en una oportunidad se había ausentado

¹ ¿Qué habrá sido de Waring, desde que tomó el portante?

por espacio de un mes, sin dejar indicio alguno sobre su paradero. Pero, socialmente, había abandonado a sus amigos. Y las noticias que se tenían de él eran inquietantes: "Dicen que ha dejado su empleo en la *Gaceta*. Dicen que se ha convertido en químico analítico, o algo parecido; que está buscando el elixir de la juventud, como si Vardaroff no hubiera tenido ya la gentileza de encontrarlo; que se pasa todo el día y la mayor parte de la noche enfundado en su bata, barbudo, llenando y vaciando botellas; que después destroza las botellas y que su casa es una pila de vidrios rotos; que no quiere ver a nadie y que está buscando no se que coca. .. Oh, dicen esto y aquello y lo de mas allá."

—Vamos. Estoy harto de oír esas cocas. Vayamos a sacarlo de su madriguera. Lo haremos vestir y afeitarse y pasar la noche con nosotros, como un ser humano.

Prentice fué a sacar su automóvil del garage, y salieron en busca de David Merriman.

Los tres amigos de David Merriman estaban inquietos por él, aunque creyesen que lo único que extrañaban era su compañía regocijante y jovial. Al hombre que viajaba con ellos, en cambio, no le

importaba. Era un conocido reciente, que Johnny Carfax había llevado aquella noche por casualidad. Más joven que los otros, más elegante y mejor parecido; un mozo atractivo, que daba la impresión de vivir en un mundo de aventuras secretas y no demasiado escrupulosas.

No era difícil imaginarlo usando la chaqueta sobre los hombros, sin meter los brazos en las mangas. Un hombre acostumbrado a las conquistas fáciles. Parecía divertirse todo aquel alboroto en torno a David Merriman. Sus labios dibujaban una sonrisa desdeñosa.

—Si el pobre diablo quiere que lo dejen solo para romper frascos de remedio...

En realidad, le incomodaba que lo sacaran del confortable departamento de Prentice, una vez que lo habían llevado allí. Era una noche ventosa, el *whisky* era bueno, y que importaba Merriman, al fin de cuentas?

—¿Por qué no llaman por teléfono? —sugirió perezosamente.

Pero los otros no le prestaron atención. Era el más joven, y además un extraño... un extraño bastante entrometido. No querían extraños. Querían que regre-

sara Merriman. El mismo Johnny Carfax se preguntó para qué diablos habría traído al joven Theo Strake.

¿Qué le ocurría a David?

Tenía un departamento en el centro de la ciudad. Aquella noche el centro estaba desierto. El viento circulaba por sus calles vacías, en lugar del gentío y el tránsito habituales. El departamento de Merriman estaba en el último piso. Llamaron y llamaron a la puerta, sin obtener respuesta. De pronto se oyó un estallido, y casi en seguida un líquido sombrío empezó a filtrarse por debajo de la puerta. Era demasiado melodramático para ser verdad; y Theo Strake se echó a reír al ver las caras blancas de sus compañeros.

—Eso no es sangre —dijo con burlona seguridad—. Yo he visto mucha sangre. Huelan, si no me quieren creer. Es... sí, vermut Cinzano.

Pero Prentice había perdido la cabeza y golpeaba la puerta como si abrigara esperanzas de derribarla. La puerta se abrió de pronto y apareció Merriman, semejante a una ilustración convencional de las siniestras historias que habían oído de él.

Parecía Lucifer caído del cielo, tras el porrazo. Estaba sin afeitarse, en bata y pantuflas. Pero, aparte de

esos detalles puramente externos, tenía un aspecto salvaje, de perseguido y exhausto. Y no parecía tan satisfecho de la visita como cabía esperar de un hombre con fama de jovial.

—¿Quieren entrar? —preguntó abruptamente.
—¡No seas tonto, Merriman! —replicó Carfax, impaciente—. ¿Crees que hemos venido para quedarnos afuera y hablar a gritos detrás de la puerta? Si tienes algo que ocultar, mételo en la alacena lo antes posible: sea hombre, mujer o lo que fuere. Te damos cincuenta segundos de plazo.

Merriman se encogió de hombros.

—Tengo algo que encontrar; nada que ocultar.

—¿La voluntad perdida?

Sonrió maliciosamente, ya más parecido al David que ellos conocían.

—El cóctel perdido —dijo—. Adelante, pasen... Quizá no lamente que hayan venido. Esta habitación apesta a enigmas, y estoy harto de andar a tientas. Si tú quisieras *ir* a Hungría, Johnny, ¿cómo harías? ¿Irías a la estación a comprar un billete? ¿Tomarías el tren, y después un barco, y nuevamente el tren? ¿Harias eso? Bueno, pues eso es justamente lo que yo no puedo hacer. ¡Oh, esa espléndida e insolente

simplicidad de *ir* a la estación y comprar un billete de ferrocarril En cambio yo. .. ¡aquí me tienen, varadol ¡Les digo que es para volverse loco!

Loco?... El piso de la habitación, sin barrer, estaba atestado de botellas, así como las mesas, las sillas y las estanterías. Vasos sanos y rotos yacían desparramados por doquier; vasos mediados de líquidos pálidos, incoloros o levemente dorados, de un verde claro o un maligno rojo oscuro. Y David Merriman, parado en mitad de aquel desorden fantástico con sabor a alquimia, como un geniecillo desesperado en *robe de chambre*, agitaba los brazos y gritaba, dirigiéndose a alguna invisible agencia de viajes que debía llevarlo a Hungría, y que en cambio lo dejaba en Londres:

¡Sésamo, ábretel ¡Maldito seas! ¡Ábretel!

¿Qué diablos significaba todo aquello? Era increíble: increíblemente idiota.

—Será mejor que nos cuentes lo que ocurre, David —sugirió Carfax. Tanto él como Prentice y Richardson habrían deseado que su nuevo acompañante no presenciara aquel espectáculo de un Merriman desintegrado.

—Mira. —dijo Richardson, que era el espíritu mas obtuso del grupo—, mira, Merriman: si quieres *ir* a Hungría, aunque no se me ocurre por que alguien ha de querer ir a Hungría... Pero si quieres ir... por que no dejas el asunto en manos de la agencia Cook, o Lunn, o cualquiera de ellas? Supongo que andas detrás de una mujer ¿eh? He oido decir que son morenas y gitanas... No es mi tipo. Pero si te quedas aqui sentado, y abandonas a tus amigos, y bebes en exceso, no irás muy lejos.

Merriman lanzó una carcajada.

—¿No ire muy *lejos*? ¡Pues yo les digo que sí tengo éxito ire mas lejos que Cook y Lunn y que cualquier coche—dormitorio! Ire todo lo lejos que quiera ir: al Cielo, a Hungría... Y tú Horacio, ¿crees que bebo demasiado nada más que para embriagarme? —De pronto pareció advertir que Carfax, que era a quien mas apreciaba de los tres, parecia molesto por su actitud—. Está bien, Johnny, está bien... lo diré lo que pasa. Entonces podrás juzgar. Horacio no creerá una palabra de lo que diga, y sera divertido contemplar su incredulidad... lo más divertido que haya presenciado en muchas semanas.

Por otra parte, yo mismo no estoy seguro de creerme...

"Ustedes sabrán que durante el verano estuve vagabundeando por Europa Central. Me atuve a los lugares más pequeños. No me acerqué a Praga, a Budapest, a ninguna de las capitales. En primer lugar, porque no tenía ropa presentable. En una aldea de los Cirpatos, St. Rudigund, el dueño de una taberna me pidió que probara una botella de slivovitz casero. No to había hecho él, sino su padre. Me aseguró que era bastante añejo. Sólo le quedaban unas pocas botellas. Era una bebida extraña, no demasiado dulce, con un insinuante aroma de ciruelas. Compré una botella para traérmela a casa. A decir verdad, era un pequeño obsequio para Horacio... ¡Agradéceme, Horacio, aunque nunca haya llegado a tu poder! Aquel viejo me hizo pagar por ella un precio tan extravagante, que al fin de cuentas decidí no regalarla.

"Cuando volvi al país... ¿recuerdan aquella noche en que los invité a cenar, y después, cuando ustedes vinieron, no me encontraron?"

Prentice asintió. Él había sido uno de los invitados. Aquél fué el principio de las extravagancias de Merriman y de todos los rumores que corrian sobre él...

—Había resuelto preparar los cócteles antes de que ustedes llegaran, cuando se me ocurrió que podía inventar uno nuevo, con un poco de slivovitz. Abrí la botella y mezclé el cóctel en un vaso. Aquel vaso era para mí: quería probarlo, para ver cómo había resultado el experimento. Apenas le puse algunas gotas de slivovitz. Bebí...

"... En el mismo instante me encontré sentado a la mesa de un *cabaret*, en un país extranjero. Bebiendo. La orquesta estaba compuesta por gitanos, auténticos cingaros. Pensé en seguida que quizá estuviera en Hungría, probablemente en Budapest. Reconocí ese instrumento musical que ellos tienen, semejante a un piano, y que tocan golpeando las teclas con dos palillos rematados en bolitas.

"No, no, no se trataba de una alfombra mágica ni de otra tontería semejante. No me quedé dormido, ni soñé ni atravesé el espacio. Me encontré allí simplemente... allí y no aquí. Es muy sencillo. Tú mismo, Horacio, aceptas diariamente cosas mucho mas absurdas, porque estás acostumbrado a ellas. En otras circunstancias, sencillamente no creerías las cosas que ahora crees.

"Pues bien, lo cierto es que allá estaba yo, y como si fuera la cosa mas natural del mundo. El café era uno de esos lugares agradablemente irresponsables, adonde uno no puede llevar a su propia hermana y adonde no la llevaría aunque pudiese: lujoso, caro y pintoresco. Había mucha gente.

"La música gitana se deslizaba por el recinto como un agua reluciente; imposible recogerla, recordarla mas tarde, pero en el momento le proporciona a uno un auténtico placer. ¿Les dije que no habia mujeres entre los parroquianos? El café se llamaba Kiss Ludo. Vi el nombre, al revés, sobre la entrada. No es broma. Los besos son frecuentes en Hungría... Kiss Ludo. El nombre de pila primero. De pronto trajeron tres enormes bandejas con tapas de plata. Todos aplaudieron cuando fueron destapadas y aparecieron tres muchachas cubiertas de flores. Tú tambien habrías aplaudido, Horacio... —Merriman observó con fastidio a Theo Straker, como si acabara de advertir que habia un intruso y le hubiese cobrado a primera vista una violenta antipatía—. Sí, la sorpresa habitual en los *cabarets* del Continente.

Pero aquellas muchachas eran verdaderamente hermosas. Una de ellas... —Bajó la voz, y

nuevamente sus manos realizaron mecánicamente el ademán de mezclar un cóctel, como si hubieran repetido tantas veces ese movimiento que ahora actuaran sin intervención de la voluntad de su dueño—. Una de ellas era bellísima. Me recordaba aquellas estampas de Kirschner que a comienzos de la guerra solíamos clavar con tachuelas en las paredes de nuestras barracas, ¿recuerdan? Vivaz, joven y maliciosa. ¡Una maravilla! Tenía cabellos rubios rizados, y un cuerpo ondulante y reluciente, como una pera de oro. Saltó de su bandeja y corrió ligeramente hacia mí; sí, directamente a donde yo estaba, y se arrodilló en una silla a mi lado. Les confieso que me sentí halagado.

"Hablabas un poco de francés, más o menos como yo. Esperé a que la música y los ruidos invadieran nuevamente el recinto, y entonces murmuro:

"—Llévame de regreso. Estoy asustada. Me gustas, te quiero, pero estoy asustada.

"—¿Que te lleve de regreso? ¿Adónde? "Me quedé de una pieza cuando contestó: '—¡ A la escuela!

"La escuela, dijo, estaba a unas treinta millas de Budapest, en la llanura. No podía explicarme con

claridad —su francés, o el mío, era demasiado limitado— cómo había llegado en esa bandeja, debajo de aquella tapa, al Café de Kiss Ludo. No parecía el lugar mas adecuado para una discípula de un Seminario de Jóvenes, pero creí entender que se trataba de una broma; que quería ver la vida; que estaba aburrída de la escuela, y que se había hecho pasar por una tal Marishka, cuyo nombre figuraba varias veces en la historia que me contó que ahora estaba cansada de bromas y que... por favor, ¿quería yo llevarla de regreso?

"—Me gustas, te quiero, estoy asustada —tal era su estribillo. Me pregunté cómo habría salido del paso si no hubiese encontrado a nadie a quien apreciar o amar con tan angelical confianza en que la simpatía sería retribuida y el amor... no. ¡Pero, en fin, todos llevamos adentro algo de caballería andante! Alcé a la pequeña belleza, la cargué sobre mis hombros y sali tambaleándome con ella, gritando y fanfarroneando como si fuera mi presa legítima. Y esto entendido, nadie nos detuvo. Las otras dos muchachas quedaron en el café, y los gitanos seguían tocando sus violines como locos. Su música era una marea oscura y flúida. La atravesamos y salimos a la

calle. Dos o tres automóviles aguardaban en la calzada. Le dije que sobornara a algún conductor para que nos llevara a su famosa escuela. Yo no hablaba húngaro. No tenía la menor idea de lo que debería decirle a la directora del internado. Aun ahora no se que le habría dicho, si ella hubiera existido. Pero no existía, como verán en seguida.

"La joven aún llevaba puesta su ropa de baile, un vestido de tenue seda amarilla. Le presté mi sobretodo para que se abrigase. Atravesamos durante casi dos horas aquellas tristes llanuras húngaras, que durante el día tienen un aterciopelado color púrpura y están decoradas de altos girasoles amarillos y gordos gansos blancos, y que aun de noche se adivinan interminables, tendidas hacia el invisible horizonte.

"La muchacha se acurrucó en mis brazos y se quedo dormida... Es hora de que alguien desmienta esa famosa leyenda de "los frios ingleses"... ¡Maldita y estúpida leyenda!

"Por fin nos detuvimos ante unas altas rejas de hierro, que indudablemente constituían la entrada de un gran jardín o de una finca rural.

"—Ahora sé el camino —dijo Carla (se llamaba así), y añadió—: Adiós. ¡Gracias! —Y alzó el rostro

para que la besara, la muy desvergonzada. "—¿Te veré nuevamente?

"—¡Todo dependel —Se había levantado del asiento, lista para bajar.

"—¿Depende de qué? —Sentía pavor de perderla para siempre.

"Aguardé su respuesta, pero fué inútil. Porque en aquel preciso momento me encontré nuevamente aquí.

"No, no puedo decirles cómo ocurrió. Es inútil preguntarme. Lo único que se es que no despierte de pronto, ni cai por la chimenea, ni entré montado en un rayo de luna. Nada de eso. Si la magia obedecía a algún talisman (y no parecía magia, sino algo enteramente natural), ese talisman sólo podía ser el cóctel... Porque al "regresar", apretaba aún con fuerza en la mano el vaso vacío.

"¿Cuánto tiempo estuve en Hungría? Sí, me imagine que preguntarian eso. Pues estuve allá exactamente el tiempo que falté de mi casa, un tiempo mucho menor del que requiere un viaje de ida y regreso. Habré estado una hora en el café y una hora y tres cuartos en el automóvil; y sali de aquí... a ver, ¿ a que hora los habia invitado a cenar, Prentice? ¿A

las ocho? Supongamos que empecé a preparar el cóctel a las ocho menos cuarto. Eran las once menos veinte cuando la aventura llegó a su brusco término. ¡Y me encontré repentinamente aquí, boquiabierto, con el vaso en la mano y la cristalina risa de Carla en mis oídos, sin tener idea de cómo podía volver a encontrarla!

"Transcurrió una semana antes que se me ocurriera que acaso la botella de slivovitz tuviese algo que ver con el asunto. Entonces me vestí con mi mejor ropa —porque en cualquier momento podía ver nuevamente a Carla— y bebí un vaso de slivovitz, sin mezcla. Se hubieran reído de ver cómo me temblaba la mano al llenar el vaso. Volqué bastante en la mesa...

"Y entonces... ¡No pasó nada! ¡No me moví de donde estaba! ¡Se habrían reído aún más si me hubieran visto parado como un plomo ante la mesa del comedor, esperando ser proyectado a la cuarta dimensión, a Hungría...

"Me devané los sesos tratando de recordar todas las historias de encantamientos que había leído. Y llegué a la conclusión de que para que el hechizo obrara del mismo modo y con los mismos resultados,

todas los detalles debían ser idénticos. Esperé entonces hasta las ocho menos cuarto, y prepare exactamente el mismo cóctel. Recordaba los ingredientes porque al prepararlo por primera vez los había medido con bastante exactitud. Quería impresionar a Dicky Foster, que siempre se jacta de sus recetas privadas.

"Bebí.

"Esta vez todo salió bien. Me encontré nuevamente en Hungría. Pero no exactamente en el mismo lugar, sino en una gran sala de un castillo. A decir verdad —y puesto que no necesito fastidiarlos narrándoles mis descubrimientos en su orden cronológico—, más tarde supe que ése era el interior de la "Escuela" de Carla, que yo había visto por afuera. ¿Escuela? ¡Qué ? demonio de chica! Aquello no era más escuela que esta casa. Era la residencia campestre de su esposo. Y su esposo era un conde, o un mariscal de campo, o ambas cosas a la vez. Por lo menos, sus criados le hacían profundas reverencias cada vez que lo veían.

"...De pronto apareció Carla. Entró en la sala, donde yo contemplaba desconsolado las astadas bestias que decoraban las paredes, preguntándome dónde me hallaba y que iría a ocurrir. Bajó la escalera

labrada, muy gran dama, muy decorosa, muy decorativa, y me dijo cortésmente que se alegraba de verme y que lamentaba que su esposo hubiera salido a cazar.

"En conjunto, fué una noche insatisfactoria. Ella no abandonó su actitud glacial. No se parecía en nada a la chiquilla que yo había visto entronizada en una bandeja de rosas. Se mostraba tan remota que yo vacilaba en recordarle su aventura y en preguntarle por que me había engañado, fingiendo ser una colegiala cuando en realidad era una mujer casada. Al fin me decidí. Ella frunció el ceño, desconcertada y colérica. Después una luz de comprensión —muy tenue— apareció en su rostro.

"Esa tiene que haber sido mi perversa hermanita, Carla. Somos gemelas. Yo soy Zena, ella es Carla. Pero somos tan parecidas que es difícil distinguir a una de otra.

—¿Y ella —pregunté con el corazón latíendome furiosamente— está ahora en el castillo?

"—Sí, vive conmigo. Yo habría querido dejarla mas tiempo en el colegio, pero se negaron a tenerla. Es demasiado caprichosa y alocada. Por eso pensamos casarla lo antes posible con un amigo de mi esposo.

"Después de esas palabras, no quiso hablar nuevamente de Carla. Me disculpé en un francés chapurreado. Pero a Zena, cuyo nombre para la sociedad era Condesa Janoschoza, no le caí simpático, o bien era demasiado virtuosa para demostrarlo. Me conservó a distancia. Cualquiera habria dicho que yo era un vasallo. Estos húngaros tienen un espíritu feudal. Me obsequió con refrescos y me mostró fotografías. Y yo dilataba mi permanencia, esperando instante tras instante que apareciera Carla. Pero aquella vez no la vi...

"¿Cómo, en nombre del Cielo, se explicaban mi presencia? Yo mismo no la explicaba. Sin embargo, a todos les parecía muy natural.

"Al fin me encontré de vuelta. Daban las diez. Mi anterior estada en el paraíso habia durado cuarenta minutos mas. Quizás esta vez el cóctel fué mas pequeño.

"Ustedes podrán imaginar en que estado de animo viví los días siguientes. No me atrevia a "volver". Temia gastar todo el tiempo que me quedaba, consumir aquella preciosa botella de slivovitz en largas, tranquilas y amables conversaciones con la condesa Zena, tan parecida a la perversa Carla. Tan

hermosa, y tan asombrosamente igual, y al mismo tiempo tan diferente en su actitud.

"Sin embargo, logre ver nuevamente a Carla, en mi quinta visita al castillo. Para ese entonces, la desesperación empezaba a apoderarse de mi. Como les digo, en la quinta visita vi a Carla, y no a Zena. Carla me pareció tan provocativa e impetuosa como la primera vez, y no disimuló el afecto que me profesaba. Pero se echó a reír cuando yo, con la mayor severidad posible, le pregunté cómo se había atrevido a burlarse de mi en nuestro último encuentro. "—¡Me divertí tantol... —exclamó.

"En los intervalos que pasaba aquí, en Londres (y digo intervalos porque mi verdadera vida, la única que importaba, transcurría en aquellos fantásticos instantes desligados del resto del tiempo), trite de aprender el húngaro para llegar a una comunicación mas perfecta, con las dos hermanas mellizas, que la que podía proporcionarnos el presentar mis respetos a Zena o el besar a Carla. ¿Alguno de ustedes ha tratado de aprender el húngaro? Es peor que el chino. Lo cierto es que, llegada la ocasión, por mucho que me esforzara, no lograba recordar mas que dos palabras: *hideg* y *meleg*, *cálido* y *frío*. Cálida era

Carla, fría era Zena, y yo no avanzaba mis de ahí, y la botella de slivovitz se vaciaba con rapidez. En Londres, ningún mercader de vinos había oído mencionar esa bebida. Me consolé pensando que en el momento en que la acabara podría ir a Hungría por el camino habitual, en una forma normal y decente, y quedarme allí todo el tiempo que me viniese en gana. Sería fácil encontrar el café de Budapest en que había empezado mi aventura, e igualmente fácil descubrir el castillo del conde Janoschoza. Sin embargo, empezaba a preocuparme.

Eran muchas las cosas que me inquietaban. En primer lugar, nunca había visto a las dos hermanas al mismo tiempo. Eso era extraño. Y después, ninguna de ellas parecía asombrarse de mis espasmódicas llegadas y partidas, y yo mismo no podía explicárselas: todo aquel negocio era demasiado increíble, y ninguno de nosotros hablaba demasiado bien el francés.

Por otra parte, mis permanencias en el castillo eran muy breves, y yo habría querido tener a Carla siempre a mi lado. Abrigaba la horrible sospecha de que Carla no tendría el menor empacho en decirle a cualquier otro hombre que le lloviera del cielo después de beber un cóctel: "¡Me gustas, to quiero, estoy

asustada!" ¿Y si yo perdía el secreto del regreso? ¿Si ese misterioso poder se radicaba en otro, en alguien mejor parecido, mis... mis audaz que yo? La sola idea de que pudiera existir ese rival...

" ¡Oh, bueno, de nada sirve desvariar!

"Por aquella época perdí mi empleo en el periódico. Me despidieron, diciéndome que era demasiado distraído. Y eso era justamente lo que me ocurría. Estaba distraído; mi alma, mi corazón y mi espíritu estaban ausentes, y sólo mi cuerpo desgano se arrastraba por lugares de Londres.

"Cuando preparé mi último cóctel con lo que restaba de la botella de slivovitz —una dosis mayor que la habitual—, calculé que me proyectaría a la cuarta dimensión, o lo que fuere, durante unas cuatro horas.

Esta vez había resuelto concertar definitivamente una cita con Carla, para lo cual pensaba entrar en Hungría en la forma acostumbrada y normal.

"Pero llegado el momento, olvidé mis propósitos. "Sé que es difícil creerlo. Pero si ustedes hubieran tenido la misma revelación que yo tuve, también lo habrían olvidado. Aquello echó todo por tierra.

"La revelación fue simplemente ésta: las hermanas gemelas no existían: Carla era Zena, y Zena era Carla, y ella creía ser ambas a la vez. Era una manía.

"¡Así se explicaba que nunca las hubiera visto juntas! Cada una de ellas hablaba con perfecta convicción de su "hermana": Zena con cierta ansiedad, como si lamentara que la pequeña Carla fuese tan indomeñable y alocada e hiciera cosas tan extravagantes, y Carla con un gesto de rebeldía, los labios fruncidos y una mirada de fastidio por la excesiva seriedad de Zena. Zena se había casado un año atrás, cuando sólo tenía diecisiete años. Y era tan buena... Nunca había nada malo, ni siquiera traicionaba a su marido...

"Todo esto, ese complejo de las mellizas, me fue explicado por un encantador anciano húngaro que hablaba inglés y a quien conocí aquella noche en una cena a la que no tenía el menor deseo de concurrir, pero en la que fui interpelado macho antes de los postres, y sin posibilidad, por consiguiente, de levantarme y escapar.

Pero las horas que me quedaban eran demasiado preciosas para gastarlas de ese modo. Empecé a odiar a mi vecino de mesa, y a preguntarme

cada vez con más insistencia dónde estaba Carla. ¿Dónde se ocultaba siempre? Bien podía haber actuado de presencia, sabiendo que yo la adoraba, que estaba loco por ella, loco como esa música cingara que se desliza por la noche sobre las llanuras...

"Zena ocupaba la cabecera de la mesa. Me sonrió muy graciosamente, pero yo sabía que no le era simpático. Adiviné que el anciano caballero que hablaba inglés era el amigo del conde Janoschoza a quien estaba destinada Carla, pues la consideraban en edad de casarse. ¡En edad de casarse... a los dieciocho años!

Es la costumbre en el Continente. ¡Ah, si yo me la hubiera llevado conmigo aquella primera vez, en lugar de devolverla a su hermana... a sí misma! Pero estaba demasiado aturdido para comprender lo que debía hacer. Y ahora me sentía demasiado indefenso y sujeto... sujeto a esa increíble celestina: una botella de slivovitz. ¡Qué situación para un amante!

"Si pudiera ver a Carla una vez más —pensaba y ponerla en camino a Inglaterra, antes que cesen los efectos del hechizo, y luego encontrarla aquí... ¿Comprenden lo que quiero decir? No, no comprenden... Horacio parece dispuesto a tomarme la temperatura.

"A los postres sirvieron un tokay Aszúbor añejo de setenta años, y las damas se retiraron a otra sala. Aquellas reuniones en el castillo eran muy formales. Fué entonces cuando trabé conversación con el único hombre que hablaba ingles —mi rival, como to bauticé melodramáticamente más tarde.

"—¿No le parece que nuestra anfitriona es muy hermosa? —me preguntó.

"Y yo respondí, en son de desafío:

"—Si, pero no tan hermosa como su hermana, su hermana melliza.

"Y fué entonces cuando me contó toda la historia.

"No me senti tan sorprendido como podrian ustedes imaginar. Inconscientemente, ya abrigaba mis sospechas. Nunca las habia visto juntas. Siempre habia visto a Carla o a Zena, nunca a Carla y a Zena.

"En cambio, maldije mi suerte por haberme presentado, tan a menudo, con caprichosa ironia, a Carla convertida en Zena, que era fria y virtuosa y un poco hostil; mientras que pocas veces, poquísimas veces, tuve la buena fortuna de llegar en el momento propicio para encontrar a Zena trocada en Carla...

"Lúgubrementemente juré para mis adentros no esperar más: la próxima vez que Carla —o la ilusión de Carla, no importa el nombre que ustedes quieran darle— prevaleciera sobre Zena, aceptaría lo que me brindaban los dioses del cóctel. No había motivo de preocupación. La muchacha tenía un esposo, un protector. Antes sí, antes me habría inquietado, cuando aún la creía hermana de Zena, cuando aún la vela como una deliciosa chicuela que miraba con ojos desmesurados al desconocido recién llegado de Inglaterra y le decía: "¡Me gustas, te quiero!"

"Después de la cena salí al jardín. El tokay que acabábamos de beber era fuerte, embriagador e incitante. Mientras lo paladeábamos, el conde había dado unas palmadas, ordenando a su orquesta de músicos gitanos que tocara para nosotros. Y ahora yo sentía que la sangre corría impetuosamente por mis venas.

"Junto a la reja de hierro donde había dejado a Carla aquella primera noche, volví a encontrarla. Naturalmente, tenía puesto el mismo vestido que llevaba poco antes, cuando sentada a la cabecera de la mesa desempeñaba el papel de Zena. Pero com-

prendi en seguida que ya no era Zena, porque corrió hacia mi con los brazos abiertos.

"...Y en aquel momento los demonios volvieron a depositarme aquí. ¡No se quiénes son, o qué son, ni por qué lo hacen, pero malditos sean! ¡Malditos, mil veces malditos! Saben que no puedo volver a ella... ¡Malditos sean!

"Nunca volví a verla. Viajé inmediatamente a Hungría, por ferrocarril y vapor, pero no pude encontrar el café de Kiss Ludo. Hay docenas de lugares que llevan el nombre de Kiss en todas las calles de Budapest. Ese nombre es tan común como el de Smith en Inglaterra. Pero el café no existía. Y tampoco existía el castillo del conde Janoschoza, al menos en el plano normal y consciente. Recorri los alrededores "de Budapest en veinte, treinta, cuarenta millas a la redonda, como un perro en busca de su presa. Estaba frenético. Hice averiguaciones por doquier.

"Al fin llegué a la conclusión de que aquel extraño mundo y la gente que lo habitaba no podían ser alcanzados por un camino directo. Quizá no tenían existencia independiente, acaso estaban sujetos al hechizo del condenado cóctel.

"Sin embargo, yo estaba resuelto a no perder a Carla. Evidentemente, lo primero que debía hacer era ir a St. Rudigund y conseguir una buena provisión de slivovitz, todas las botellas que el tabernero consintiera en venderme. No importaba el precio. Aun cuando me costaran hasta el último céntimo que poseía, Carla valía eso y más. Carla, y no Zena, que adoraba a su esposo, ¿comprenden ustedes? ¡Y sólo la había visto una vez en sietel Si me hubiera quedado algún sentido del humor, eso me habría divertido.

Cuando llegué a St. Rudigund, el viejo figonero había muerto, y su sucesor se había despachado todas las botellas de slivovitz, menos siete. Pagué por ellas un precio fantástico, sencillamente porque no pude ocultar mi desesperación por conseguirlas.

Después regresé aquí lo antes posible. No me atrevía a iniciar la experiencia en cualquier otro lugar, porque pensaba que el hechizo no obraría sino en la misma habitación, con la misma mesa, el mismo vaso, la misma coctelera. Carla aguardaba, y podía llegar cualquier otro... Era como una fruta en el instante previo a la perfección de la madurez. El mas leve golpe la habría derribado al suelo.

"¡Carla! Si hubieran oído ustedes cómo latía mi corazón, mientras yo mezclaba los ingredientes, cuidando de no desperdiciar el slivovitz; mientras agitaba la coctelera, llenaba el vaso y lo bebía... Carla... Carla...

"Una vez más, no pasó nada. Permanecí donde estaba.

"Después de la primera conmoción del desengaño, se me ocurrió que el cóctel no había tenido el mismo gusto. O la calidad de aquella botella de slivovitz era diferente, o bien yo había modificado las proporciones de la mezcla. ¿Qué cantidad de ginebra había puesto en anteriores oportunidades? ¿Cuánto vermut francés? Unas gotas de limón, una pizca de bitter... Bueno, pero un cálculo aproximado en gotas y pizcas no bastaba.

Tenia que recordar con exactitud. El gusto de la bebida había cambiado. Yo recordaba el sabor justo que debía tener, pero en otro aspecto, aquel agitado rodar por Europa había embotado mi memoria. ¿Cuánto vermut? ¿Qué cantidad de ginebra? ¿Había echado en el vaso dos chorritos de Angostura o tres? "Todo fue inútil —concluyó David Merriman amarga-

mente—. He estado ensayando desde entonces. De nada sirve. Ya casi me he resignado."

Durante la última parte de su relato había estado vertiendo mecánicamente líquidos de las botellas amontonadas sobre la mesa, como si ya no pudiera dejar de hacerlo, como si debiera seguir mezclando cócteles el resto de su vida, hasta que acaso el azar le deparase por oblicuos caminos la receta olvidada.

Los hombres que escuchaban su historia vieron una botella cuadrada, de oscuro color de ciruelas, sin etiqueta.

Merriman la vació, poniéndola boca abajo. Después, arrebatado por súbita furia, agitó frenéticamente la mezcla, enarbolando la coctelera sobre su cabeza, dilatando ese movimiento de ritmo desesperado, como si ya no supiera ni le importara el resultado, como si un fantasmagórico tribunal lo obligara burlescamente a repetir hasta la eternidad ese gesto.

Por fin, advirtiendo con despreocupada ironía lo que estaba haciendo, vertió la mezcla y pasó el vaso a Johnny Carfax con un gesto indiferente.

¿Quieres probarlo? —sugirió—. Es la única bebida que puedo ofrecerte. El cóctel número ciento siete. Creo que ahora tendré que renunciar a mí bús-

queda: no me —queda mas slivovitz. Y Horacio, que es tan bondadoso, podrá llevarme lo antes posible a un manicomio.

—No, gracias —dijo Carfax—, no me gustan los cócteles. Tomaría un vaso de jerez, pero un cóctel... —Meneó la cabeza y pasó el vaso al joven Strake, que era el mas próximo.

—¡Buena suerte! —exclamó Theo Strake, y se bebió el vaso.

Todos se quedaron mirando el lugar donde había estado parado.

JOSEPH CONRAD

LA BESTIA

Teodor Józef Konrad Korzeniowski, JOSEPH CONRAD para la literatura, nació en Berdichev, Ucrania, en 1857. En 1886 adquirió la ciudadanía británica. Marinero desde su adolescencia, llegó a capitán de buque. A partir de 1894 utilizó la experiencia recogida en sus viajes para escribir novelas plenas de colorido, en las que el mar es el telón de fondo, y aún el protagonista principal. Citaremos algunas: *La Locura de Allmayer, El Negro del Narciso, Lord Jim, El Agente Secreto, Victoria*. La crítica puede divergir en la ubicación de su obra, pero en el corazón de millones de lectores para quienes describió un mundo fascinante y ya en parte desaparecido, Conrad ocupa el lugar del más seguro afecto. Murió en 1924.

III

LA BESTIA

Huyendo de las calles azotadas por la lluvia entré en la taberna de Los *Tres Cuervos* y cambié una sonrisa y una mirada con Miss Blank. Este intercambio fué efectuado con toda corrección. Es asombroso pensar que, si vive aún, Miss Blank debe de tener actualmente más de sesenta años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Al advertir que mi mirada se dirigía, inquisitiva, al tabique de vidrio y madera barnizada, Miss Blank tuvo la gentileza de alentarme, diciendo:

—Sólo Mr. Jermyn y Mr. Stonor están en la sala, con otro caballero a quien no he visto nunca. Avancé hacia la puerta del salón. Una voz que pontificaba del otro lado (el tabique era de madera terciada) se elevó a tales estridencias que las palabras finales resaltaron en toda su atrocidad:

—¡Fué ese tipo Wilmot quien le abrió el vientre, y cuánto bien hizo!

La expresión de este sentimiento simplemente inhumano, ya que nada tenía de blasfemo o de indecente, no logró siquiera reprimir el leve bostezo de

Miss Blank tras la pantalla de su mano. La mujer se quedó mirando con fijeza los vidrios de la ventana, chorreantes de lluvia.

Quando abrí la puerta del salón, la misma voz proseguía con idéntica tensión de crueldad:

—Me alegré Cuando supe que al fin se había encontrado con la horma de su zapato. Sin embargo, lo siento por el pobre Wilmot. Ese hombre y yo habíamos sido amigos en una época. Naturalmente, aquél fué su fin. Un caso evidente. Ninguna escapatoria. Ninguna.

La voz pertenecía al caballero a quien Miss Blank nunca había visto. Estiraba sus largas piernas sobre la alfombra vecina a la chimenea. Jermyn, inclinado había adelante, tendía su pañuelo ante la rejilla, y miraba lúgubrementemente por sobre el hombro. Lo saludé mientras sorteaba una de las mesitas de madera.

Del otro lado del fuego, enorme, imponente y tranquilo, estaba sentado Mr. Stonor, colmando la capacidad de un vasto sillón Windsor. Este hombre no tenía nada pequeño, salvo sus cortas patillas. Varias yardas de tela azul de primerísima calidad (convertidas en un sobretodo) reposaban en una silla a su lado. Y

seguramente acababa de conducir a puerto algún buque de ultramar, porque otra silla se asfixiaba bajo su negro impermeable, amplio como un palio, de triple seda aceitada y doble costura.

A sus pies, una maleta de tamaño corriente parecía el juguete de un niño.

No lo saludé. Era demasiado grande para saludarlo en ese salón. Piloto mayor de Trinity, sólo durante los meses de verano condescendía a ocupar su puerto en el cutter. Muchas veces había estado a cargo de los yates reales que entraban y salían de Port Victoria. Además, es inútil saludar a un monumento. Y él era un monumento. No hablaba, no se movía. Se limitaba a permanecer sentado, irguiendo su hermosa y vieja cabeza, imperturbable y espléndido. Era un bello espectáculo. La presencia de Mr. Stonor reducía al viejo Jermyn a una magra y andrajosa brizna de hombre, y daba al locuaz extranjero vestido con traje de *tweed* un aspecto absurdamente infantil.

Éste debía tener algo más de treinta años, y por cierto no era de esos individuos que se avergüenzan de oír su propia voz, porque abarcándome, para así decirlo, en una mirada amistosa, prosiguió sin ninguna aprensión.

—Yo me alegré —repitió enfáticamente—. Quizá les sorprenda, pero ustedes no sufrieron las que me hizo pasar a mi. Les aseguro que es difícil olvidarlo. Naturalmente, como pueden comprobar, he salido ileso. Pero hizo todo lo posible para enviarme al otro mundo. Y estuvo a punto de mandar al manicomio al hombre más excelente que he conocido. ¿Qué me dicen de eso, eh?

En el enorme rostro de Mr. Stonor no se movió un músculo. ¡Monumental! El que hablaba me miró a los ojos.

—Solía enfermarme de sólo pensar que andaba por el mundo asesinando gente.

Jermyn acercó un poco más el pañuelo a la rejilla y lanzó un gemido. Era una costumbre en él. —Lo vi una vez —declaró con plañidera indiferencia—. Tenía un castillo'...

El forastero lo miró sorprendido. —Tenía tres! —corrigió autoritariamente.

Pero Jermyn no toleraba que lo contradijeran. —Tenía un castillo, digo —repitió con lúgubre obstinación—. Grande, feo y blanco. Se lo podía ver a varias millas de distancia...

—Es cierto —asintió el otro rápidamente—. Fué una idea del viejo Colchester, aunque siempre estaba amenazando con abandonarlo. Decía que ya estaba harto de sus mañas. Que no quería saber mas nada con él, aunque no volviera a conseguir otro ... y así sucesivamente. Y creo que en efecto to habría dejado.

Pero, aunque les sorprenda oírlo, su esposa se oponía. ¿Curioso, eh? Sin embargo, nunca se puede predecir la actitud de una mujer, y Mrs. Colchester, con sus bigotes y sus frondosas cejas, era de las mas testarudas que he conocido. Solía andar de un lado a otro con un vestido de seda marrón y una gran cadena de oro golpeteándole el pecho. Si ustedes la hubieran oído gritar: "¡Absurdo!" o "¡Tonterías y supersticiones!"... Pero sabia apreciar su comodidad. No tenían hijos y nunca pusieron casa. Cuando se encontraba en Inglaterra, ella se alojaba en algún hotel o pensión baratos. Sabía perfectamente que nada podía ganar con un cambio. Y además Colchester, aunque excelente hombre, ya no era tan joven, y quizá ella pensó que no le resultaría muy fácil "conseguir otro" (como decía él). Sea como fuere, por un motivo u otro, la buena senora descartaba todo intento de alegato

con sus muletillas favoritas: "¡Absurdo!", "¡Tonterías y supersticiones!" Una vez oí que el propio Mr. Apse le decía confidencialmente:

"—Le aseguro, señora Colchester, que empieza a inquietarme mucho la reputación que está adquiriendo esa bestia.

"—Oh —respondió ella—, si uno fuera a escuchar todo lo que dicen... —Y enseñó a Apse a un tiempo todos sus dientes postizos—. Hará falta algo más que eso para hacerme perder la confianza que le tengo."

Al llegar el narrador a este punto, Mr. Stonor, sin que su expresión se alterase, lanzó una breve risa sardónica. Todo esto era muy llamativo, pero yo no veía la causa de semejante regocijo. Mire alternativamente a uno y a otro. El forastero sentado en la alfombra también sonreía desagradablemente.

—Y Mr. Apse experimentó tanta gratitud al ver que alguien hablaba bien de su protegido, que estrechó ambas manos a Mrs. Colchester. Todos esos Apses, los viejos y los jóvenes, estaban enamorados de ese abominable y peligroso...

—Perdón —interrumpi, puesto que parecía dirigirse exclusivamente a mí—. Pero, ¿de quién diablos está hablando?

—De la familia Apse —respondió cortésmente. Al oír esto, casi lance un juramento. Pero en aquel preciso instante Miss Blank asomaba la cabeza para informar que, si Mr. Stonor quería tomar el tren de las once y tres, el carruaje estaba a la puerta.

El piloto mayor irguió en seguida su poderosa mole y con aterradoras convulsiones empezó a introducirse en su abrigo. El forastero y yo corrimos impulsivamente en su ayuda, y no bien le pusimos las manos encima se quedó perfectamente inmóvil. Debimos elevar mucho nuestros brazos y realizar considerables esfuerzos. Era como poner un caparazón a un elefante manso. Con un "Gracias, caballeros" se zambulló al fin bajo la prenda y atravesó la puerta con mucha prisa.

El forastero y yo nos miramos amistosamente. —Me pregunto cómo hace para trepar por la escala de un barco —dijo.

Y el pobre Jermyn, que era un simple piloto del Mar del Norte, sin cargo oficial ni título de ninguna

especie —es decir, piloto por cortesía de los demás—, volvió a gemir.

—Gana ochocientas libras al año —dijo. ¿Usted es marinero? —pregunté al desconocido, que había vuelto a ocupar su puesto en la alfombra.

—Lo fui hasta hace un par de años, es decir hasta que me casé —repuso el comunicativo individuo—. Y realicé mi primer viaje en ese barco del que estábamos hablando cuando usted entró.

¿Qué barco? —pregunte, intrigado—. No le oí mencionar un barco.

—Acabo de decirle su nombre, mi querido señor —replicó—. El *Apse Family*² **. Seguramente habrá oído hablar de la gran firma Apse & Sons, armadores. Tenían una flota bastante grande. El *Lucy Apse*, el *Harold Apse*... el *Ann*, el *John*, el *Malcolm*, el *Clara*, el *Juliet*, y muchos otros más, todos con el apellido APSE. A cada buque se le había puesto el nombre de algún pariente de la familia: hermanos, hermanas, tios, primos, esposas, y creo que hasta el de la abuela... Eran excelentes barcos,

² El nombre del barco significa “ la familia Apse”. De ahí el equívoco (N. Del T.)

sólidos y contruidos a la manera antigua: para llevar buena carga y durar mucho tiempo.

Nada de estos nuevos inventos para ahorrar trabajo; muchos hombres, bastante carne salada y galleta de munición, y allá zarpaban para abrirse paso por esos mares.

El lamentable Jermyn lanzó un murmullo de aprobación que parecía un quejido de dolor. Ésos eran los barcos que le gustaban. Señaló en tono acongojado que a los nuevos dispositivos no se les podía decir: "Agárrense fuerte, muchuchos", y que ninguno de ellos subiría al palo mayor en una noche tormentosa con bancos de arena a sotavento. —No —asintió el forastero guiñándome un ojo—. Los Apse tampoco creían en novelerias.

Daban buen trato a su gente, mejor del que reciben ahora, y estaban tremendamente orgullosos de sus barcos. A éstos nunca les pasó nada. Y el último, el Apse Family, estaba llamado a ser como los otros, pero aun más fuerte, más seguro, más espacioso y cómodo. Creo que se habían propuesto hacerlo eterno. Fue construido con acero, teca y *greenheart*, y su tamaño era algo fabuloso para la

época. Si alguna vez el orgullo presidió la construcción de un buque, fue en esta oportunidad. Todo lo mejor.

El capitán mas antiguo de la compañía seria su comandante; y a manera de cámara levantaron una casa como las de tierra firme, al abrigo de una toldilla inmensa que se prolongaba casi hasta el palo mayor. ¡Con razón Mrs. Colchester no permitia que su esposo renunciara! Era la mejor casa de que habia disfrutado en toda su vida de casada. ¡Tenía un coraje esa mujer!...

"¡Y el alboroto que reinó mientras se armaba el barco! ... Hagamos esto un poco mas fuerte y esto un poco mas pesado. ¿Y no seria mejor cambiar aquello otro por algo mas grueso? En los constructores se despertó el espiritu de emulation, y asi fue como a la vista de todo el mundo, sin que nadie pareciera advertirlo, aquel buque empezó a convertirse en el armatoste mas pesado y torpe del mundo. Le habian calculado un desplazamiento de 2000 toneladas o algo mas. Pero nunca menos. Pues vean ustedes lo que ocurre. Cuando llega el momento de arquearlo, resulta que tiene 1.999 tolenadas y fracción. Consternación general. Y se dice que el viejo Apse se sintió tan

afectado cuando le dieron la noticia, que se enfermó y murió.

El anciano se había retirado de la firma veinticinco años antes, y tenía ya noventa y seis, de modo que su muerte no debió sorprender a nadie.

Pero Mr. Lucien Apse estaba convencido de que su padre viviría hasta los cien, y por lo tanto bien puede encabezar la lista de las víctimas. Después viene un carpintero de ribera, un pobre diablo al que la bestia atrapó y aplastó en la botadura. Botadura es un decir; para quienes lo oyeron aullar y crujir y lo vieron bajar a los tumbos las gradas, aquella escena fué mas bien el lanzamiento de un demonio a las aguas del río. Cortó todas las riendas como si fueran de bramante y se abalanzó hecho una furia sobre los remolcadores que lo aguardaban.

Antes que nadie pudiera impedirlo, echó a pique a uno de ellos y al otro lo mandó por tres meses al dique de carena. Uno de sus cables se partió y de pronto, sin que nadie supiera por que, se dejó remolcar con el otro, manso como un cordero.

"Era así. Nunca se podía estar seguro de lo que estaba tramando. Hay barcos de difícil maniobra; mas, por lo general, uno puede confiar en que se comporta-

rán racionalmente. Pero con ese buque, por mas precauciones que se tomaran, no se podia contar. Era una bestia malvada. O quizá, sencillamente, estaba loco."

Formuló esta hipótesis con tanta seriedad que no pude disimular una sonrisa. Entonces dejó de morderse el labio inferior para apostrofarme:

—¡Eh! ¿Por que nó? Cómo sabe usted que no había algo en su construcción, en su estructura, equivalente a la demencia? ¿Qué es la locura, al fin y al cabo? Una pequeña anormalidad en la estructura del cerebro. ¿ Por que no puede haber un buque loco? Quiero decir, loco a la manera de. un buque, de suerte que en ninguna circunstancia usted pueda estar seguro de que hará to que todo buque normal haria naturalmente. Hay barcos que giran en circulos y otros que no se pueden estar quietos.

Algunos deben ser vigilados cuidadosamente en una tempestad y otros se encabritan a la menor racha de viento. Pero lo hacen siempre. Usted acepta esos defectos como parte del carácter que les atribuye en tanto embarcaciones, asi como al tratar con ún hombre tiene en cuenta las peculiaridades de temperamento que en tanto hombre le son propias. Con éste no se podía. Era imprevisible. Si no estaba loco, era la

bestia mas perfida, traicionera y salvaje que haya surcado las aguas. Lo he visto capear gallardamente un temporal dos días seguidos, y al tercero tomar por la luna dos veces en una misma tarde.

La primera vez despidió limpiamente al timonel sobre la rueda, pero como no consiguió matarlo volvió a hacer la prueba tres horas mas tarde. Se anegó a proa y a popa, reventó todo el paño, aterró a toda la tripulación e inclusive inquietó a Mrs. Colchester en aquellos hermosos camarotes de popa de que estaba tan orgullosa. Cuando pasamos lista a la tripulación, faltaba un hombre. El pobre diablo había caído por la borda, evidentemente, sin que nadie lo viera ni oyese. Y aún me asombro de que haya sido el único.

"Siempre pasaba algo parecido. Siempre. Una vez oí que ún viejo contraмаestre le decía al capitán Colchester que las cosas habían llegado a tal extremo que tenía miedo de abrir la boca para dar una orden. Y era tan terrible en puerto como en alta mar. Nada bastaba para sujetarlo. A la menor provocación, empezaba a romper cuerdas, cables y maromas de acero como si fueran zanahorias. Era pesado, torpe, poco

marinero; mas eso no explicaba la capacidad para el mal que poseía.

A veces, cuando me acuerdo de él, pienso en esos lunáticos incurables que de tanto en tanto escapan de los hospicios."

Me miró inquisitivamente. Pero, desde luego, yo no podía admitir que un buque estuviese loco. — Era aborrecido en todos los puertos donde to conocían —prosiguió—. No tenía empacho en arrancar de un muelle seis metros o mas de sólido revestimiento de piedra o en amputar un espigón de madera. Debe de haber perdido kilómetros enteros de cadenas y centenares de toneladas de anclas.

Cuando abordaba algún desdichado barco que le molestaba, costaba un trabajo de mil demonios hacerle soltar la presa. Y lo curioso es que nunca se hacia daño: apenas dos o tres rasguños. Sus propietarios habian querido construir un navio resistente. Y lo era. Lo bastante resistente como para abrir los hielos polares. Y siguió su carrera tal como la habia empezado. Desde el día en que fué botado no dejó pasar un solo año sin asesinar a alguien. Creo que los dueños llegaron a inquietarse mucho. Pero estos Apse eran una generación de empecinados. No podian

admitir que hubiese alguna falla en el *Apse Family*. Ni siquiera se avinieron a cambiarle el nombre. "Supercherias y zarandajas", como solía decir Mrs. Colchester. Lo menos que podían haber hecho era confinarlo para siempre en un dique seco, tierra adentro, y no dejarlo oler más el agua salada. Le aseguro, señor, que invariablemente mataba a alguien en cada viaje que realizaba. Todo el mundo lo sabía. Su fama cruzó todos los mares.

Expresé mi sorpresa ante el hecho de que un barco con una reputación tan mortífera pudiera conseguir una tripulación.

—Entonces usted no sabe lo que son los marineros, señor. Yo se lo demostraré con un ejemplo. Un día, estando en la dársena, y mientras me paseaba por el castillo de proa, vi que se acercaban dos respetables marineros, Uno era un hombre de mediana edad, competente y sosegado a todas lutes, el otro; un muchacho joven y vivaz. Leyeron el nombre del velero en la proa y se detuvieron para mirarlo. Y dijo el mas viejo:

"—*Apse Family*... Ése es un perro sanguinario, Jack (palabras textuales) , que mata un hombre en

cada viaje. No trabajaría en él por todo el oro del mundo.

"Y el otro contestó:

"—Si fuese mío, lo remolcaría al fango y le pegaría fuego. ¡Ya lo creol

"—A los dueños no les importa —dijo el primero—. Sabe Dios que los hombres son baratos.

"Y el más joven escupió en el agua.

"—Yo no me embarco ahí aunque me paguen doble.

"Estuvieron merodeando un rato y después se alejaron por el dique. Media hora más tarde los vi en cubierta, buscando al contramaestre y al parecer muy ansiosos de que los contrataran. Y en efecto, se embarcaron."

—¿Cómo explica eso? —pregunté

—¿Qué se yo? —replicó—. Temeridad... El orgullo de jactarse por la noche ante sus camaradas: "Acabamos de embarcar en el Apse Family. Maldito sea, a nosotros no nos asusta..." La típica perversidad del marinero, curiosidad... Bueno, un poco de todo eso. Yo les formulé la misma pregunta en el transcurso del viaje, y el mayor de ellos contestó:

"—No se puede morir más de una vez.

"Y el mas joven me aseguró con acento burlón que queria ver 'que habia en esta oportunidad'. De todas maneras, esa bestia ejercia una especie de fascinación."

Jermyn, que parecia conocer todos los buques del mundo, terció malhumorado:

—Yo to vi en una ocasión desde esta misma ventana, subiendo el río a remolque. Era negro, grande y feo, como un enorme ataúd.

—Tenia algo de siniestro, ¿verdad? —asintió el otro mirando amistosamente al viejo Jermyn—. A mi siempre me inspiró una especie de horror. Me produjo una conmoción bestial cuando aún no habia cumplido catorce años, el primer dia, ¡qué digo!, la primera hora que pasé a bordo de él. Mi padre vino a despedirme; pensaba acompañarme hasta Gravesend. Yo era el segundo de sus hijos que seguía la carrera. Mi hermano mayor era ya oficial.

Subimos a eso de las once de la mañana, poco antes de que el Apse Family saliera de popa de la dársena. Aún no habia recorrido tres veces su propia longitud cuando, en respuesta a un pequeño tirón que le dió el remolcador para entrar en el dique, inició una de sus furiosas acometidas, sometiendo el cabo de

remolque (una maroma de seis pulgadas) a una tensión tan extrema que allá adelante no tuvieron tiempo para soltarlo y se partió. Yo vi la punta rota saltar en el aire y un momento más tarde aquella bestia chocaba de costado contra el muelle. No se hizo daño. ¡ÉL no!

Pero uno de los grumetes, a quien el contra-maestre había ordenado subir al palo de mesana para hacer no se que cosa, cayó sobre cubierta, a un paso de mí, con un ruido sordo. No era mucho mayor que yo. Unos pocos minutos antes habíamos estado riéndonos juntos. Seguramente estaba desprevenido, no esperaba semejante sacudón. Oí su grito de alarma, agudo y tembloroso, al sentirse caer, y alcé la vista a tiempo para verlo desplomarse como un muñeco. ; Ough! Mi padre estaba extrañamente pálido cuando nos despedimos en Gravesend.

"¿Estás bien? —me dijo mirándome con fijeza.
—Sí, padre.

"¿Seguro? '—Sí, padre.. "—Bueno, adiós entonces, hijo.

"Más tarde me confesó que habría bastado media palabra mía para que me llevase a casa en el acto. Soy el menor de la familia, usted sabe —añadió

el hombre con traje de tweed, atusándose el bigote y sonriendo ingenuamente."

Tome nota, con un murmullo de comprensión, de esa interesante noticia. El agitó despreocupadamente la mano.

—Ese episodio, usted comprende, podía quitarle a un muchacho el ánimo necesario para subir a los mástiles. Cayó a dos o tres pies de mi, golpeando con la cabeza en una bita de amarre. No se movió. Estaba muerto. Era un chico simpático. Había pensado que seríamos buenos amigos. Sin embargo, aquella bestia era capaz de hazañas peores.

Yo serví tres años en ella, y más tarde uno en el *Lucy Apse*. El pañolero del *Apse Family* apareció también en el *Lucy*, y recuerdo que me dijo una tarde, cuando ya llevábamos una semana en el mar: "¿No es éste un buque lindo y obediente?" Nada tenía de extraño que el *Lucy Apse* nos pareciese un barquito encantador y humilde después de librarnos de aquella fiera enorme y sanguinaria. Era el paraíso. Sus oficiales parecían los hombres más amables del mundo. Para mí, que solo había conocido el *Apse Family*, el *Lucy* era un velero mágico que realizaba por propia iniciativa lo que uno quería.

Una tarde, por ejemplo, quedamos en facha. Pero en unos diez minutos teníamos nuevamente las velas llenas, cazadas las escotas, las amuras bajas y la cubierta limpia; y el oficial de guardia estaba apoyado pacíficamente en la batayola. Esto me pareció simplemente maravilloso. El otro habría estado media hora engrillado, rolando con la cubierta llena de agua, volteando hombres, derribando mastiles, cortando brazas y tronchando vergas, mientras a popa habría reinado el pánico por culpa de aquel endiablado timón que ponía los pelos de punta con solo mirar cómo se sacudía. Tardé varios días en recobrar me de mi sorpresa.

"Pues bien, terminé mi último año de aprendizaje en ese pequeño y hermoso barco... A decir verdad, no era tan pequeño, pero después de aquella pesada bestia, parecía un juguete.

Terminé mi período y aprobé los exámenes; y cuando ya estaba pensando divertirme durante tres semanas en tierra, una mañana recibí una carta en la que los armadores me preguntaban si a la mayor brevedad podía incorporarme al Apse Family como tercer oficial. Estaba tomando el desayuno; recuerdo que di a mí plato un empujón que lo envió al centro de

la mesa. Mi padre, que leía el periódico, alzó los ojos. Mi madre levantó los brazos, asombrada, y yo salí al jardinillo de casa, donde estuve dando vueltas más de una hora.

"Cuando volvi a entrar, mi madre ya no estaba en el comedor y papá se había trasladado a su enorme sillón. La carta yacía sobre la repisa de la chimenea.

"—Este ofrecimiento te honra mucho, y los patrones son muy generosos al hacértelo —dijo—. Por otra parte, veo que Charles ha sido designado primer oficial de ese buque para el próximo viaje.

"En efecto, a la vuelta de la hoja, había una nota manuscrita del propio Mr. Apse consignando ese detalle, que se me había pasado por alto. Charley era mí hermano mayor.

"—Pero no me agrada demasiado que mis dos muchachos estén en el mismo barco —prosiguió mi padre con voz lenta y solemne—. Y no tendré inconveniente en escribirle a Mr. Apse sobre ese particular.

"¡Pobre papá! Era un excelente padre. ¿ Qué habria hecho usted en mi lugar? Me enfermaba la sola idea de volver a ese barco para verme perseguido y

acosado por esa bestia, con los pelos de punta día y noche. Pero no podía permitirme el lujo de rechazar el ofrecimiento. Imposible presentar la más légitima de las excusas sin ofender mortalmente a la compañía. Ésta, y a decir verdad toda la familia Apse, inclusive las tías solteras de Lancashire, se había vuelto extraordinariamente quisquillosa en todo lo referente a la reputación de ese maldito barco.

Había que responder: 'Estoy dispuesto', aun desde el propio lecho de muerte, si uno quería morir gozando de su favor. Y eso es precisamente lo que respondí... por telegrama, para acabar de una vez con el asunto.

"La perspectiva de ser compañero de tareas de mi hermano me reanimó considerablemente `y al mismo tiempo me produjo cierta inquietud. Siempre había sido bueno conmigo, desde la época en que yo era niño, y ahora lo consideraba el mejor hombre del mundo. Y en efecto lo era. Jamás oficial tan competente ha pisado la cubierta de un barco mercante. Se lo aseguro.

Era un muchacho hermoso, fuerte, energético y bronceado, con cabellos castaños levemente ondulados y mirada de halcón. Un tipo magnífico. Había

muchos años que no nos veíamos, y aun en esta oportunidad, aunque había ya tres semanas que estaba en Inglaterra, no había ido a casa; tengo entendido que pasaba sus ratos libres en algún lugar de Surrey, recobrando el tiempo perdido, con Maggie, la sobrina del viejo capitán Colchester. El padre de la chica, muy amigo del mío, era importador de azúcar, y Charley había convertido aquella casa en su segundo hogar. Me pregunté qué pensaría Charley de mí. Había en su rostro cierta severidad que no se disipaba nunca del todo, ni siquiera cuando se entregaba a las más extravagantes francachelas.

"Me recibió con grandes risotadas. Parecía considerar mi ingreso al buque en calidad de oficial como el mayor chiste del mundo. Había una diferencia de diez años entre nosotros, y supongo que la imagen que más fácilmente recordaba de mí era la de un chiquillo con guardapolvo. Yo tenía apenas cuatro años cuando él se embarcó por primera vez. Ahora me sorprendí al comprobar a que ruidosos extremos podía llegar su jovialidad.

"—Ya veremos de que pasta eres —gritó. Y sujetándome del hombro y golpeándome risueñamente las costillas, me arrastró a su camarote.

“—Siéntate, Ned. Me alegro de tenerte conmigo. Yo te dare los últimos retoques, joven oficial, siempre que valga la pena. Y antes que nada, hazte a la idea de que en este viaje no permitiremos que esa bestia mate a nadie. Tenemos que acabar con sus mañas.

"Advertí que lo decía muy en serio. Hablaba lúgubrementemente del barco, afirmando que debíamos tener cuidado y no dejar que la odiosa bestia nos sorprendiera desprevenidos con alguna de sus malditas trampas.

"Me endilgó una verdadera conferencia de arte náutico aplicable exclusivamente al Apse Family. Después, cambiando de tono, empezó a hablar de otras cosas, tocando los temas mas absurdos y descabellados, hasta que me dolieron las costillas de tanto reirme.

Pude advertir perfectamente que estaba un poco sobreexcitado. Y esto no podía deberse exclusivamente a mi arribo. Pero, desde luego, jamas se me habria ocurrido preguntarle que le sucedia. Puedo asegurarle que yo profesaba un auténtico respeto a mi hermano mayor. Sin embargo, uno o dos días mas tarde se aclaró todo, cuando supe que Miss Maggie

Colchester viajaría en el buque. Su tío la hacía disfrutar de una travesía marítima en beneficio de su salud.

"Pero yo no creo que su salud fuese mala. Tenía buen color y una hermosa cabellera rubia. Por otra parte, se le daba un ardite del viento, la lluvia, la espuma, el sol, los verdes mares y todo lo demás.

Era una alegre muchacha de ojos azules, de muy buen natural, pero a mí me asustaba la forma en que desafiaba a mi hermano. Temía que el día menos pensado acabara todo en una descomunal reyerta. Sin embargo, no ocurrió nada decisivo hasta después de una semana del arribo a Sydney. Un buen día, a la hora en que almorzaba la tripulación, Charley asomó la cabeza en mi camarote. Yo estaba tendido en la cucheta, fumando pacíficamente.

"—Baja a tierra conmigo, Ned —dijo con su habitual tono seco.

"Me levanté de un salto, naturalmente; bajé tras él la planchada y lo seguí por George Street. Caminaba con pasos de gigante, y yo tras él, jadeando. Hacia un color terrible.

"¿Adónde diablos me llevas tan aprisa, Charley? —me atrevía preguntar.

"—Aquí —respondió.

"Y entró en una joyería. No podía imaginarme que buscaba. Parecía un capricho absurdo. Segundos mas tarde ponía bajo mis narices tres anillos, que parecían muy diminutos en la palma de su mano enorme y atezada, al tiempo que gruñía:

"—Para Maggie. ¿Cuál?

"Al oír esto me asusté. No atiné a pronunciar una palabra, pero señalé uno con destellos blancos y azules. Se lo guardó en el bolsillo del chaleco, lo pagó con un montón de monedas de oro y salió a escape. Cuando subimos a bordo, me sentía sofocado.

"—Te felicito, viejo —murmuré, jadeante. "Me dió una palmada en la espalda. "—Cuando vuelvan los marineros, ordena al contramaestre lo que te parezca mejor —dijo—. Esta tarde me tomo asueto.

"Durante un rato no lo vi en cubierta, pero luego salió de la cámara con Maggie, y ambos bajaron la planchada en público, ante la mirada de toda la tripulación, y fueron a dar un paseo en ese día atrocamente caluroso y polvoriento. Unas horas mas tarde regresaron con aire muy solemne, aunque al parecer no tenían la menor idea de dónde habían estado. Por to menos, eso es to que respondieron a las preguntas de Mrs. Colchester a la hora del té.

"Pero ella se encaró con Charley, con voz parecida a la de un cochero nocturno.

"—Tonterías. ¿Cómo no van a saber dónde han estado? Tonterías y zarandajas. Has hecho caminar demasiado a esa muchacha y ahora está muerta de cansancio. No lo vuelvas a hacer.

"Era sorprendente la humildad de Charley ante aquella vieja. Aunque una vez me dijo al oído: 'Me alegro de que no sea mas que tía política de Maggie. Ése no es un verdadero parentesco'" Pero yo creo que él le dejaba demasiada libertad a Maggie. La muchacha brincaba por todos los rincones del barco con sus faldas de *yachting* y su sombrerito rojo; parecía un pájaro luminoso en un árbol seco. Los viejos marineros sonreían con disimulo cuando la veían venir y se ofrecían para enseñarle nudos y ajustes. Creo que simpatizaba con los hombres por contentar a Charley.

"Como ustedes imaginarán, nunca se hablaba a bordo de las diabólicas inclinaciones de ese maldito barco. En la cámara, por lo menos, no se tocaba el tema. Sólo una vez, en el viaje de regreso, Charley declaró incautamente que al parecer en esta oportunidad desembarcaría la tripulación completa.

El capitán Colchester empezó a ponerse incómodo en seguida, y aquella anciana estúpida y agria se abalanzó sobre Charley como si hubiese dicho una indecencia. Yo mismo me quedé perplejo; en cuando a Maggie, estaba completamente azorada y abría enormemente sus ojos azules. Como es de prever, antes que transcurrieran veinticuatro horas me había arrancado todo el secreto. No era posible ocultarle nada.

"—Qué terrible —dijo con toda solemnidad—. Tantos pobres muchachos... Me alegro de que el viaje esté por terminar. De ahora en adelante no tendré un minuto de tranquilidad, pensando en Charley.

"Le aseguré que no debía inquietarse por él. A pesar de todas sus mañas, aquel barco no podría con Charley. Pareció tranquilizada.

"Al día siguiente vino a recogernos el remolcador frente a Dungeness. Y cuando estuvo bien asegurado el cable de remolque, Charley se frotó las manos y me dijo en voz baja:

"—Esta vez lo hemos derrotado, Ned. "—Así parece —contesté, sonriendo.

"El día era hermoso y el mar estaba tranquilo como un lago. Empezamos a remontar el río sin incidentes, salvo una vez, frente a Hole Haven, cuando

la bestia dió un brusco viraje y estuvo a punto de echar a pique una barcaza anclada a un costado del canal. Pero yo estaba a popa, vigilando el timón, y esta vez no me agarró desprevenido. Charley subió a la toldilla, con aire muy preocupado.

"—Le erramos por poco —dijo.

"—No te preocupes, Charley —repuse alegremente—. Ya to has amaestrado.

"Debían remolcarnos hasta el dique. El práctico nos abordó un poco más allá de Gravesend, y lo primero que le oí decir fue.

"—Conviene izar en seguida el ancla de babor, señor contra maestre.

"Cuando me encaminé a la proa, ya la maniobra había sido ejecutada. Vi a Maggie en el castillo de proa, disfrutando del espectáculo, y le rogué que volviera a popa, pero desde luego no me hizo caso. Entonces Charley, que estaba muy ocupado con los aparejos, la vió y le gritó, con voz de trueno:

"—Sal de ahí, Maggie. Estás molestando.

"Por todo respuesta, ella le hizo una morisqueta y yo observe que el pobre Charley daba media vuelta, ocultando una sonrisa. La emoción del regreso sonrosaba el rostro de la muchacha y sus ojos azules

clavados en el río parecían despedir chispas eléctricas. Un bergantín carbonero acababa de virar delante de nosotros y nuestro remolcador tuvo que parar las máquinas para no embestirlo.

"En pocos instantes, como suele ocurrir en estos casos, se congestionó toda la navegación de las inmediaciones.

Una fragata y un queche protagonizaron una pequeña colisión en el centro del río. Era un espectáculo digno de verse. Entretanto, nuestro remolcador permanecía detenido.

"Cualquier otro barco que no fuera esa bestia, se habría estado quieto un par de minutos. Pero él no. Laden la proa y empezó a derivar, arrastrando al remolcador. Yo observe una flotilla de barcos costeros anclados a un cuarto de milla de distancia y pensé que sería mejor hablar con el práctico.

"—Si lo deja meterse entre esos buques —le advertí sosegadamente—, haría pedazos a varios antes de que consigamos sacarlo.

"—¡ Si lo conoceré yo!... —rugió hecho una furia, golpeando el piso con el pie.

"Y empezó a tocar el silbato para que el remolcador enderezara la proa del *Apse Family* lo

antes posible. Sopló como un loco, señalando con el brazo a babor, y de pronto observamos que las máquinas, del remolcador funcionaban nuevamente. Sus paletas batían el agua, pero tanto habría valido querer remolcar una montaña: no consiguió moverlo una pulgada. El piloto tornó a sonar el silbato, agitando el brazo a babor. Y vimos que las paletas —del remolcador giraban cada vez más rápidamente, a un costado de nuestra proa.

"Por un instante el remolcador y el velero permanecieron inmóviles entre la multitud de barcos en movimiento, y luego la terrible brutalidad que esa fiera maligna infundía a cada uno de sus desplazamientos arrancó de cuajo el cabo de remolque. Chicoteó el cable arrancando los puntales de la borda uno detrás de otro, como si fueran palillos de cera. Recién entonces advertí que para poder presenciar mejor la escena, Maggie se había trepado al ancla de babor, que yacía sobre la cubierta.

"El ancla había sido alojada correctamente en el cepo, aunque no hubo tiempo de amarrarla. De todas maneras, estaba bastante segura para entrar en el dique. Pero advertí de golpe que un segundo más tarde el cabo de remolque pasaría bajo la lengüeta del

ancla. Con el corazón en la boca, alcancé, sin embargo, a gritar:

—¡Baja de ahí... !

"Pero no tuve tiempo de pronunciar su nombre. Supongo que ella no me oyó. El primer roce del cable contra la lengüeta la derribó; se incorporó veloz como un relámpago, mas no del lado por donde debía escapar. Oí el horroroso ruido del metal raspando la madera, y un instante después el ancla empezaba a levantarse como si fuera un ser vivo; una de sus enormes uñas de hierro ciñó a Maggie por la cintura, pareció estrecharla en un abrazo atroz y dió una vuelta cayendo con ella por sobre la borda con un terrible estrépito de hierro, seguido de varios tremendos aldabonazos que sacudieron al buque de proa a popa, porque la argolla del ancla había aguantado el golpe..."

—¡Qué espantoso! —exclamé

—Durante muchos años, después de aquella escena —prosiguió mi interlocutor con visible desasosiego—, he soñado con anclas que arrebatan muchachas. —Se estremeció—. Lanzando un aullido lastimero, Charley se precipitó tras ella.

Pero ni siquiera vislumbró su gorrito rojo en el agua. ¡Nadal! Absolutamente nadal Un momento

mas tarde habia una docena de botes alrededor del barco. Subió a uno de ellos. El contramaestre, el carpintero y yo soltamos apresuradamente la otra ancla y no se como dominamos el buque. El piloto parecia haberse vuelto loco. Iba y venia por el castillo de proa, retorciéndose las manos y murmurando para sus adentros:

—¡Ahora mata mujeres! ¡Ahora mata mujeres!

"Imposible arrancarle otra frase.

"Llegó el crepúsculo, y después una noche negra como alquitrán. Mientras escudriñaba el río, oí un saludo ronco y lastimero:

" ¡Ah del barco!

"Eran dos boteros de Gravesend. Traían una linterna en su bote y alzaron la mirada hacia el flanco del buque, sujetándose a la escala sin decir una palabra. A la luz de la linterna, vi allá abajo una cabellera rubia."

Se estremeció nuevamente.

—Al subir la marea, el cadaver de la pobre Maggie zafó de una boya de gran tamaño —explicó—. Me encaminé a popa, con la muerte en el alma, y lancé un cohete para dar la noticia a los que seguian buscándola en el río. Después volví a proa como un

perro y me pasé toda la noche sentado en el pie del bauprés, para estar lo más lejos posible de Charley.

—¡Pobre tipo! —murmuré.

—Sí. Pobre tipo —repitió pensativo—. Esa bestia no se dejó arrebatar su presa ni siquiera por él. Pero al día siguiente él mismo la condujo al dique. Como lo oye. No nos habíamos dicho una palabra, ni siquiera habíamos cambiado una mirada. Yo no quería mirarlo.

Cuando estuvo asegurado el último cabo, se llevó las manos a la cabeza y clavó la vista en sus pies como si trataba de recordar algo. Los hombres aguardaban en la cubierta principal las palabras que pondrían fin al viaje. Quizá era eso lo que trataba de recordar Charley. Hablé por él. "—Pueden irse, señores.

"Nunca he visto una tripulación abandonar tan silenciosamente un barco. Se deslizaron por sobre la borda uno a uno, tratando de no hacer demasiado ruido con sus baúles. Miraban en dirección a nosotros, pero ninguno tuvo coraje para acercarse y estrechar la mano del primer oficial, como se acostumbraba.

"Seguí a Charley a todo lo largo del buque desierto, de un lado a otro; no se veía un alma, porque

solo quedábamos a bordo él y yo y el viejo capitán, que se había encerrado en el fogón. De improviso el pobre Charley murmura con voz extraviada:

"—No tengo nada mas que hacer aquí

"Y yo lo sigo pegado a sus talones, y subimos por el dique, cruzamos la compuerta y nos encaminamos a Tower Hill. Él solía tomar pension en casa de una respetable anciana de America Square, para estar mas cerca de su trabajo.

"Pero de pronto se detiene, da media vuelta y vuelve hacia donde yo estoy.

"—Ned —dice—, me voy a casa.

"Tuve la suerte de avistar un carruaje y lo hice subir justo a tiempo. Sus piernas empezaban a ceder.

Al llegar a casa se desplomó en una silla de la sala, y nunca olvidaré las caras atónitas y perfectamente inmóviles de mi padre y mi madre al inclinarse sobre él. No podían comprender lo que había sucedido, hasta que yo balbucí "—Maggie se ahogó ayer en el río.

"Mi madre lanzó un grito. Papá nos miró alternativamente a Charley y a mí, como si quisiera comparar nuestras caras. En efecto, Charley ya no parecia el mismo. Nadie se movía.

Y de súbito el pobre diablo lleva lentamente a su garganta sus grandes manos atezadas y de un solo tirón desgarró todas sus ropas: el cuello, la camisa, el chaleco. Estaba convertido en la ruina de un hombre. Papá y yo conseguimos llevarlo arriba, y mi madre por poco se mata a fuerza de atenderlo mientras le duró la fiebre cerebral."

El hombre con traje de *tweed* me miró significativamente.

—¡Ah! No se podía hacer nada con esa bestia. Llevaba el demonio adentro.

—¿Dónde está su hermano? —le pregunté, previendo que habría muerto. Pero no: era comandante de un hermoso barco en la costa china, y ya nunca regresaba a su casa.

Jermyn suspiró hondamente, y advirtiendo que el pañuelo estaba ya bastante seco, lo llevó tiernamente a su roja y lamentable nariz.

—Era una fiera voraz —prosiguió el forastero—. El viejo Colchester se rebeló esta vez y presentó su renuncia. ¿Y querrán creer que la firma Apse & Sons le escribió para pedirle que reconsiderase su decisión? ¡Cualquier cosa para salvar el buen nombre del *Apse Family!* Entonces el viejo Colchester fué a la

oficina y dijo que sólo volvería a tomar el mando del buque para llevarlo al Atlántico Norte y echarlo a pique. Parecía a punto de perder la chaveta.

Sus cabellos, de un color gris acerado, se volvieron completamente blancos en quince días. Y Mr. Lucien Apse, que lo había conocido de joven, fingió no advertirlo. ¿Qué les parece? ¿Conocen ejemplo igual de obstinación y orgullo?

"Contrataron al primer hombre que pudieron hallar, temiendo que el escándalo del Apse Family les impidiera conseguir un capitán. Era un espíritu alegre, este capitán, pero se tomó el asunto muy a pecho. Wilmot era su segundo. Un tipo precipitado, que fingía un absoluto desdén por todas las mujeres. La verdad es que era tímido. Pero bastaba que una muchacha levantara el meñique para darle aliento, y ya nada podía contenerlo. Una vez, siendo grumete, desertó en el extranjero por seguir unas faldas, y habría terminado mal si su capitán no se hubiera tomado la molestia de buscarlo y sacarlo de un burdel por las orejas.

"Se decía que uno de los miembros de la firma había formulado una vez su esperanza de que el condenado barco no tardara en perderse. La anécdota me resulta increíble, a menos que su protagonista

haya sido Mr. Alfred Apse, a quien el resto de la familia no apreciaba mucho.

Trabajaba en la oficina, pero lo consideraban la oveja negra por su costumbre de apostar a las carreras de caballos y de volver ebrio a su casa. Cualquiera habría pensado que un barco tan infernalmente mañero se haría pedazos algún día contra la costa por simple espíritu de perversidad. Pues no. Parecía eterno. Estaba resuelto a no tocar fondo."

Jermyn lanzó un gruñido de aprobación.

—Un barco para hacer las delicias de cualquier piloto, ¿eh? —bromeó el forastero—. Pues bien, Wilmot le arregló las cuentas. Era el hombre indicado para hacerlo, pero quizá él mismo no lo habría conseguido sin la ayuda de esa muchacha de ojos verdes, gobernanta o institutriz o lo que diablos fuese de los hijos de Mr. y Mrs. Pamphilius.

"Habían subido en Port Adelaide como pasajeros, y se dirigían a El Cabo. Pues bien, el buque salió del Puerto y estuvo anclado afuera todo el día. El capitán, que era un alma hospitalaria, había invitado a un almuerzo de despedida, como de costumbre, a numerosas personas de la ciudad. A las cinco de la tarde regresó el último bote. En el golfo, las

perspectivas del tiempo eran desagradables y sombrías. El capitán no tenía ningún motivo para levar anclas. Sin embargo, como había dicho a todo el mundo que zarpaba ese día, le pareció correcto hacerlo. Pero como después de aquel holgorio no abrigaba ningún deseo de internarse en los estrechos de noche, con poco viento, ordenó seguir la costa hasta la madrugada. Después se fué a dormir. El primer oficial estaba sobre cubierta, bajo la lluvia que caía en fuertes ráfagas. Wilmot to relevó a medianoche.

"Como observe usted, el Apse Family tenía un castillo de popa... "

—Si, una construcción grande, fea y Blanca — murmuró, Jermyn mirando tristemente el fuego. —Eso es una mezcla de sala de mapas y chupeta donde desembocaban las escaleras de la cámara. La lluvia caía en rachas sobre el soñoliento Wilmot. El barco avanzaba lentamente, navegando de bolina, con la costa a unas tres millas a barlovento. No había nada que ver en esa parte del golfo y para evitar los chaparrones Wilmot se puso al abrigo de la sala de mapas, cuya puerta de ese lado estaba abierta. La noche era negra como un barril de alquitrán. Y de

pronto Wilmot oyó una voz que le hablaba en un murmullo.

"Esa maldita muchacha que traían consigo los Pamphilius había acostado a los chicos largo rato atrás, naturalmente, pero al parecer no podía dormir. Oyó dar la medianoche y al primer oficial que bajaba para acostarse. Aguardó un rato; después se enfundó en una bata, atravesó el salón descubierto, subió la escalera y entró en la sala de mapas. Se sentó en el sofá, cerca de la puerta, supongo que para tomar el fresco.

"Me imagino que cuando le habló a Wilmot, fué como si alguien le hubiera encendido un fósforo dentro del cerebro. No se cómo se habían hecho tan amigos. Supongo que se habían encontrado en tierra varias veces. Pero no podría asegurarlo, porque cuando me contó la historia Wilmot se interrumpía cada dos por tres para lanzar algún horrible juramento.

Lo conocí en el muelle de Sydney. Llevaba un delantal de arpillera que le llegaba hasta la mandíbula y empuñaba un enorme látigo. Era carretero. Y muy contento de no morirse de hambre. A ese extremo había caído.

"Bueno, lo cierto es que allá estaba Wilmot, asomando la cabeza por la puerta y quizá apoyandola en el hombro de la muchacha... ¡Un oficial de guardia! El timonel, al presentar su testimonio más tarde, aseguró haberle gritado varias veces que la lámpara de la bitácora se había apagado. Aunque a él no le importaba, porque tenía orden de navegar ciñendo el viento.

"—Me extrañó que el barco se dejara caer por rachas —declaró—. pero en cada oportunidad traté de orzar lo máximo posible: Estaba tan oscuro que no alcanzaba a verme las manos, y la lluvia caía a baldes sobre mi cabeza.

"La verdad era que cada ráfaga de viento hacia virar el barco por la popa, hasta que gradualmente la proa enderezó hacia la costa, sin que nadie lo advirtiera. El mismo Wilmot confesó que por espacio de una hora no se había acercado al compás. Y no le quedaba mas remedio que confesar. Porque de pronto oyó al vigia anunciando truenos y centellas a proa.

"Se zafó de la muchacha y grito al vigia: —¿Qué dice?

"—Creo que oigo rompientes por avante, señor —aulló el hombre y corrió a popa con el resto de la

guardia, 'bajo el diluvio mas atroz y enceguedor que haya visto nunca', según propias palabras de Wilmot.

Éste se quedó por un instante tan aterrado y perplejo que ya ni se acordaba en que costado del golfo estaba el barco. Pero aunque no era un buen oficial, era a pesar de todo un hombre de mar. En un segundo recobró su aplomo y las órdenes adecuadas brotaron inconscientemente de sus labios. Duro al timón y maniobrar las gavias del palo mayor y de mesana de modo que ofrecieran la menor resistencia al viento.

"Parece que las velas flameaban. El no podía verlas, pero las oía restallar sobre su cabeza. "—Era inútil —me contó, haciendo muecas con el rostro sucio y agitando en la mano aquel maldito látigo de carretero—. Tardaba mucho en desinflarse.

"De pronto las velas dejaron de flamear. Pero en ese momento crítico el viento tornó a virar, lleñándolas nuevamente, y empujando al buque con gran velocidad hacia las rocas. La bestia se había excedido en su juego.

Le había llegado el momento; todo se había confabulado Para destruirla: la hora, el hombre, la noche tenebrosa, el viento traicionero, la mujer... No

se merecía otra cosa. Extraños son los instrumentos de la Providencia. Existe una especie de justicia poética... "

El hombre con traje de *tweed* me miró duramente.

—El primer arrecife le arrancó la zapata de la quilla, como si fuera de papel. El capitán, al salir de la cámara, se encontró con una mujer enloquecida, enfundada en una bata de franela roja, que revoloteaba chillando como una cacatúa.

"El próximo escollo lo alcanzó bajo la cámara. Descalabró el codaste y se llevó el timón. Después aquella bestia empezó a trepar por una costa escalonada y rocosa, abriéndose el vientre, hasta que al fin se detuvo y entonces el Palo mayor cayó por la borda como si fuese una planchada."

¿Hubo alguna víctima? —pregunté.

—No, salvo ese tipo Wilmot —respondió buscando su sombrero el hombre a quien Miss Blank nunca había visto—. Y para él, lo que le ocurrió fué peor que ahogarse. Todos desembarcaron perfectamente. Recién al día siguiente llegó la tempestad desde el Oeste y desmenuzó a esa bestia en un tiempo sorprendentemente breve. Era como si

estuviese podrida por dentro... —Cambió de tono—. Ha parado la lluvia. Debo buscar mi bicicleta y correr a cenar a casa. Vivo en Horne Bay. Esta mañana vine a dar un paseo.

Me saludó amistosamente y salió muy satisfecho de sí.

¿Sabe quién es, Jermyn? —pregunté.

El piloto del Mar del Norte meneó tristemente la cabeza.

—Imagínese, perder un buque en esa forma tan estúpida! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gimió lúgubramente volviendo a extender su pañuelo húmedo, como una cortina, ante el fuego resplandeciente.

Al salir cambié una mirada y una sonrisa, muy correctas, con la respetable Miss Blank, camarera de *Los Tres Cuervos*.

OSCAR CERRUTO

LOS BUITRES

OSCAR CERRUTO nació en 1907 en La Paz, Bolivia. Periodista y poeta, parte de su obra ha aparecido en distintas publicaciones sudamericanas, entre ellas el suplemento literario de "La Nación" de Buenos Aires. Ingresó en su juventud a la carrera diplomática. Su producción más considerable es una novela, *Aluvión de Fuego*, traducida a varios idiomas.

IV

LOS BUITRES

Cuando subió al tranvía, no advirtió de momento su presencia.

(Había dejado pasar un "taxi", sin detenerlo ni sabía por qué—, y luego dos ómnibus abarrotados de pasajeros. No quería viajar incómodo, expuesto a recibir pisotones o que alguien, al abrirse paso, le arrancara el sombrero. Odiaba esas aglomeraciones. Pero los tranvías no le eran menos aborrecibles. Le parecían vehículos para viejos y mujeres gordas. Artefactos asmáticos y ruidosos. Se decidió, sin embargo, por ese que se acercaba dando cabezazos. Una señora joven con una niña se habían detenido a su lado. "Si suben ellas, lo tomo", pensó. La señora hizo una seña al motorista, y el tranvía, jadeante, se detuvo. Subieron los tres.)

Pero al llegar a la mitad del pasillo sintió —sin que la sensación tomara forma en su conciencia— que algo de irregular había allí adentro, en las personas o en la atmósfera.

(El tranvía partió con brusquedad; sus nervios vibraron, adaptándose al aire rumoroso de hierros y vidrios que circulaba en su interior.)

Fue entonces cuando percibió algo como un fluído y sus ojos se pusieron a buscar involuntariamente de dónde provenía ese llamado impalpable. No se sentó en seguida, ni avanzó por el pasillo, sino que tomándose de un asidero dejó errar su mirada un segundo, como sí esperase encontrar a un conocido, mientras buscaba acomodo con movimientos calmosos, de autómeta.

Ocupó al fin, el primer sitio que halló libre, y se disponía ya a desdoblar su diario cuando, de repente, una muchacha sentada en uno de los asientos delanteros, volvió la cabeza, y fué como un choque. De inmediato supo que era eso lo que lo había turbado vagamente, y ya no apartó casi los ojos de ella. En el breve instante en que se cruzaron sus miradas, buscó hasta el último detalle de su rostro, y como en una súbita instantánea, quedó grabado en la placa de su cerebro.

Ahora que miraba su pelo de color de miel, suavemente ondulado, luminoso, sabía cómo era ella. Y aunque no la había oído hablar, conocía el timbre de

su voz, clara y recta como una espada. Estaba enterado de todo eso, y, sin embargo, no habría podido describirla.

Cuando se esforzaba por hacerlo, con la mirada fija en su nuca, mientras el tranvía rodaba bajo el sol por las verdes alamedas próximas a la Plaza Italia, sólo conseguía arribar a la convicción de que era dulce y femenina, con unos labios de un rojo pálido y una luz en las mejillas que iluminaba y al mismo tiempo diluía los demás rasgos de su cara.

El guarda se acercó a cobrarle su boleto. Un poco confundido, le alargó la moneda (acababa de advertir que la tenía fuertemente sujeta entre los dedos, como un niño) .

Se había ubicado cuatro o cinco asientos más atrás, y recordó que antes de hacerlo, en ese segundo en que se mantuvo de pie, buscando, la había visto por la espalda (la acompañaba una amiga, quizá su hermana, sentada a su lado), sin detenerse en ella, que por detrás se confundía con los demás pasajeros, como si su magnetismo femenino solo obrase por el fluido de sus ojos o de su rostro.

Subían los pasajeros. El tranvía seguía rodando, con un estrépito de hierros sin aceitar,

quejándose y sacudiendo su armazón estropeada. A los costados se elevaban ahora los altos edificios de la calle Santa Fe, lúcidos de cal hiriente bañada de sol, mientras el guarda, en la plataforma, tiraba enérgicamente del cordón de la campanilla, con la primavera repicando en su sangre.

La muchacha no había vuelto a mirarlo. Hablaba con su compañera y parecía ignorar por completo su presencia. Pero el fluido continuaba actuando en sus nervios, y eso le decía que estaba tácitamente en comunicación con su pensamiento.

Grupos de mujeres jóvenes, vestidas con telas ligeras, de colores alegres, flotaban en el río del tránsito. El tranvía bogaba como un cetáceo, entre las olas de la calle, los racimos humanos peligrosamente colgados de sus barrotes. Así cargado viraba —con ese chirrido en el que se evade el doloroso cansancio del hierro— por la esquina de Paraguay y Maipú cuando asomó un inmenso camión, como un monstruo furioso, y se abalanzó rugiendo sobre él. El pasaje grito, paralizado. Pero la bestia relampagueante cruzó a dos pulgadas de la tragedia. No había sucedido nada. A lo más, unos paquetes, que rodaron por el suelo. Pensó, sin embargo, en abandonar el vehículo.

Seguiría a pié, o tomaría un "taxi". Ese armatoste lo inquietaba. "Me van a matar cualquier dia", se dijo. Pero en seguida rechazó los absurdos presagios.

El tranvía siguió rodando perezosamente, y su mismo traqueteo sosegado pareció devolverle la confianza.

La risa despreocupada de una pasajera acabó por disipar sus recelos. Además, estaban ya cerca de la calle Corrientes.

Las edificaciones se hicieron familiares; las reconoció: ésa era la cuadra en que habitaba; tenía que bajar. Pero algo lo ataba a su sitio: no se decidía. Sólo entonces comprendió que era la desconocida, y cuando llegó a la esquina en que debía abandonar el vehículo siguió en su asiento, sin moverse. "Es ridículo", pensó profundamente turbado. Nunca había hecho eso. No acostumbraba seguir a las mujeres que encontraba en la calle. Es cierto que era un hombre solo, y que amaba la vida. Es decir, que le habría gustado compartirla con uno de esos seres puros y delicados. Tal vez era su obligación buscarlo.

Pero un recato intimo le impedía confundirse con un perseguidor callejero. Tuvo la impresión de que el guarda lo espiaba. Y que tiraba con más violencia

del cordón de la campanilla. Pero, en seguida, viendo su rostro joven y desaprensivo, comprendió que su sospecha era ilógica, puesto que el guarda, probablemente, no lo había visto en su vida.

Dejaron atrás la Avenida de Mayo. Habían llegado a los barrios del sur de la ciudad, y se deslizaban ahora por una ancha avenida. Al fondo, el humo de las fábricas ensombrecía el cielo. "No puede ir muy lejos —se dijo—. Tiene que bajar pronto." El tranvía se iba vaciando. Observó, asimismo, que a medida que se internaba en los suburbios de la población, el día se apagaba paulatinamente.

Atravesaron el Riachuelo, espeso como un vino. Las dos muchuchas seguían en sus asientos, sin hablar. A la luz declinante de la tarde, sólo divisaba ahora sus espaldas rígidas, por las que trepaban las sombras, como devorándolas. El tranvía, poco a poco, fué quedando solitario; sólo ellas —ellas y él— permanecían inmóviles en su sitio.

Cayó la noche. Luces siniestras iluminaban una ciudad desconocida. Ojos cargados de crimen los miraban pasar desde la tiniebla. Un viento perverso ambulaba por los rincones de las calles, arrastrando

papeles y hojas muertas. No había en que lugar se encontraba ni por que estaba allí ni adónde se dirigía.

En el interior del tranvía goteaba una claridad amarilla. De vez en cuando subían unos pasajeros embozados y volvían a desaparecer, misteriosamente, sin que el vehículo se detuviese.

Atravesaba dando saltos por una región desolada, en la que se escurrían sombras apelotonadas, a ras del suelo. En lo alto soplaba el viento enfurecido. Relámpagos como navajas desgarraban la noche. En el seno de la obscuridad se incubaba una tormenta. Truenos apagados rodaban en la lejanía. El tiempo había cambiado sensiblemente. Hacía frío. Se sintió helado: una humedad peligrosa, como una fiebre, lo calaba hasta los huesos.

Y de pronto se derrumbó el temporal. Masas de agua negra caían sobre el tranvía; resonaban los truenos hondamente, como galgos que se despeñan en un precipicio; y el tranvía zigzagueaba en la sombra perseguido por los rayos y los relámpagos.

La tempestad bramó toda la noche. El tranvía siguió corriendo embozado en la cólera nocturna, traqueteante, ciego, tenaz, sin detenerse, como impelido por esa cólera que sólo cedió al amanecer. Volvió a

lucir el sol. Atravesaban ahora por una ciudad extraña. ¿Qué ciudad era ésa, que él nunca había visto? Cubos y torres grises sucedíanse unos al lado de otros, y entre sus vagos muros, habitantes de niebla, fantasmales. ¿Hablaban esas gentes, pertenecían a su mundo? Subían y bajaban; él las sentía cerca, rozándolo, y al mismo tiempo lejanas, como esfumadas, pero amenazantes.

Todas parecían a punto de volverse contra él, de mirarlo con ojos de fuego, de desenfundar heladas armas. Pero en seguida el sol se hundió de nuevo, rápidamente, y reinó otra vez la obscuridad. Bandas incógnitas y ebrias saltaban al tranvía, silenciosas o vociferantes, y volvían a desaparecer. Los perros aullaban a lo lejos. Y se alzaba el día y caía la noche, y el tranvía seguía rodando sin detenerse.

Sólo las muchachas no se movían. Ni hablaban. Ni lo miraban.

Ahora la campanilla se agitaba débilmente. La mano del guarda parecía fatigada. La miró asida al cordón, y vió que era una mano de viejo, con la piel rugosa y seca.

Siguió la dirección de la mano cuando ésta descendía y, horrorizado, con un nudo de angustia en

la garganta, advirtió que el guarda había envejecido: sus cabellos se habían puesto completamente blancos, y le colgaban como ramas de cerezo sobre los hombros y la espalda; y las arrugas cruzaban su rostro en todas direcciones. Su uniforme había perdido color y forma; aparecía deshilachado y lleno de remiendos.

Tuvo miedo de llevarse la mano a la cara, de mirar siquiera la piel de sus manos. La sangre había dejado de latir en sus sienes.

Con los sentidos como suspensos sobre él mismo, ingrátido, ausente, percibía la ascension penosa de las ruedas por una angosta quebrada. Las horas resbalaban afuera a modo de gotas de tiempo, opacas, por las barbas eternas de las montañas.

Luego el tranvía entró en una vasta extensión desierta y se deslizaba ahora sin ruido, blandamente, en medio de un aire inmóvil y congelado. Su marcha era fácil, pero lenta, inquietante. Como si con el ruido hubiera desaparecido algo esencial, algo vital y tranquilizador, semejante a la facultad misma de sentir y de escuchar. Como si bruscamente hubiese ensordecido.

Su corazón helado se hizo denso. Pareció estacionarse en el interior del tranvía, con el sumo pesado de

la arena. En todo el contorno, afuera, no se distinguía el menor signo de vida. Una luz extraña, irreal, estancada como el aire, bajaba de alguna parte sobre el árido pasaje.

Casi se respiraba una atmósfera de cripta. Un ligero graznido atrajo su atención "¿Acaso estaré muerto y...?", se dijo, estremeciéndose, y sin atreverse a completar su pensamiento. Miró frente a él con alarma: sobre el pecho de la muchacha se hallaba posado un buitre. Su plumaje negro parecía descolorido, con esa condición del lodo y la herrumbre, que le daba, apariencia repulsiva de rata o de murciélago.

Se preguntaba cuándo había entrado allí, y por dónde. Y en medio de su preocupación, casi superflua en esos momentos, advirtió que el pájaro no estaba ocioso: ¡vió con espanto que su pico se ensañaba en uno de los ojos de la muchacha, que permanecía rígida como una estatua, y muda, como su compañera! Se alzó prontamente de su asiento, para espantar al intruso, y en ese mismo instante pudo ver que una espesa nube de buitres volaba junto al tranvía, escoltándolo. Algunos trataban de introducirse por las ventanillas cerradas y sus picos repiqueteaban. en los cristales con un redoble sordo

y funeral. No alcanzó a dar dos pasos: por la puerta delantera irrumpió un huracán ceniciento; las furiosas aves carniceras se estrellaban enceguecidas contra su propio pecho.

Se defendió con los puños crispados, golpeando al azar; protegía sus ojos, sintiendo en las manos las garras y los picos iracundos. La tromba de buitres seguía penetrando inacabable, y era cada vez más ávida y poderosa. La sentía encima de él, como una ola. Trastabilló. Vaciló.

Fué a caer sobre el filo de uno de los asientos. Un sudor viscoso como la sangre le humedecía la frente. Pudo levantarse de nuevo y comenzó a retroceder. La furiosa acometida lo empujaba hacia el fondo, hacia atrás; era un viento de cólera desencadenado contra él; una columna turbia que bajaba sobre su cabeza, un brazo de la muerte. Se debatió unos instantes en el marco de la puerta, enredado en la pierna inerte del guarda allí caído (la tierra volaba bajo sus pies con un hervor de vertigo) antes de lanzarse al vacío.

Tuvo la visión del tranvía, que fugaba por la meseta lunar, en un altiplano de luz difusa, y se perdía rápidamente en el horizonte, perseguido por una oscura humareda de alas.

PRÓSPERO MERIMÉE

LA VENUS DE ILLE

Literato con aficiones históricas y arqueológicas, inspector de monumentos históricos de Francia, miembro de la Academia de ese país, **PROSPER MERIMÉE** (1803—1879) ha dejado una colección de novelas breves que brillan por el estilo pulcro, el espíritu burlón y la afinada observación de la realidad, que no excluye el sentido de lo fantástico, como en este relato. *Colomba*, *Carmen*, *Matteo Falcone*, *l'Enlevement de la Redoute*, son los títulos de algunas de sus obras.

V

LA VENUS DE ILLE

Al bajar la última colina de Canigó, distinguí en la llanura, aunque el sol ya se había puesto, las casas de la pequeña aldea de Ille, adonde me encaminaba.

—Seguramente —dije al catalán que desde la víspera me servía de guía— sabed usted dónde vive el señor Peyrehorade.

—¡No he de saberlo! —exclamó—. Conozco su casa como si fuera la mía, y si no estuviera tan oscuro, se la mostraría. Es la más hermosa de Ille. El señor Peyrehorade tiene dinero, ya lo creo; y casa a su hijo con quién tiene aún más que él.

—¿Se celebrard pronto la boda? —le pregunté— Pronto? Quizá ya se hayan pedido los violines para la fiesta. Puede ser esta tarde, mañana, pasado mañana, ¡qué se yo! Será en Puygarrig. Porque ha de saber usted que el hijo se casa con Mademoiselle de Puygarrig. ¡Será algo digno de verse, si!

Yo traía para el señor Peyrehorade una carta de recomendación de mi amigo el señor P., quien me lo había descrito como un anticuario muy instruido y de una

amabilidad a toda prueba, que tendría sumo gusto en mostrarme todas las ruinas de diez leguas a la redonda.

Por consiguiente, confiaba en que me haría visitar los alrededores de Ille, que yo sabía ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media. Ese matrimonio, del que oía hablar por primera vez, trastornaba todos mis planes.

"Sere un aguafiestas", me dije. Pero me esperaban; estando anunciado por el señor P., era necesario que me presentara.

—Apostemos, señor —me dijo el guía, habiendo alcanzado ya la llanura—, apostemos un cigarro a que yo adivino que viene a hacer usted en casa del señor Peyrehorade.

—Bueno —respondí, ofreciéndole el cigarro—, eso no es difícil de adivinar. A esta hora, y después de haber hecho seis leguas en el Canigó lo más importante es cenar.

—Sí, pero... ¿y mañana? Mire usted, apuesto a que ha venido a Ille para ver el ídolo. Lo adiviné cuando lo vi dibujar los santos de Serrabona.

¡El ídolo! Qué ídolo?

Esa palabra había excitado mi curiosidad. —
¡Cómo! ¿No le han dicho en Perpinán que el señor
Peyrehorade ha encontrado un ídolo enterrado?

—¿Quiere decir usted una estatua de terracota,
de arcilla?

—No, de cobre, y hay bastante para hacer
muchas monedas grandes. Pesa tanto como una
campana de iglesia. Estaba enterrada al pié de un
olivo, bastante hondo, y es ahí donde la hemos
encontrado.— ¿Entonces usted presenció el hallazgo?

—Sí, señor. Hace quince días el señor Peyre-
horade nos dijo, a Jean Coll y a mí, que arrancáramos
un viejo olivo helado desde el año anterior, porque,
como usted sabe, éste ha sido muy malo. Y mientras
estábamos trabajando, Jean Coll, que cavaba con el
mayor entusiasmo, da un golpe con el pico y yo oigo:
bimm... como si hubiera golpeado una campana.
"¿Qué es eso?", dije yo. Seguimos cavando y
cavando, y de pronto aparece una mano negra, que
parecía la mano de un muerto saliendo de la tierra. A
mi me dió miedo. Fui corriendo a ver a mi amo, y le
dije: "Señor, hay muertos bajo el olivo. Haga llamar al
párroco".

"—¿Qué muertos? —dijo él. Vino, y no bien vió la mano, exclamó—: ¡Una antigüedad! ¡Una antigüedad!

"Cualquiera habría pensado que acababa de encontrar un tesoro. Y hete aquí que empieza a afanarse con el pico y con las manos y trabaja a la par de nosotros."

—¿Y que hallaron ustedes, al fin?

—Una gran mujer negra, más de medio cuerpo desnudo, señor, con perdón de usted; todo de cobre, y el señor Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos..¡Qué digo! ¡Del tiempo de Carlomagno!

—Ya veo... alguna buena virgen de bronce, procedente de un convento destruído.

—¿ Una Santa Virgen? ¡Nada de eso! Si hubiera sido una Santa Virgen, yo la habria reconocido. Le digo a usted que es un ídolo: se ve en seguida por su aspecto. Lo mira a uno con sus grandes ojos blancos... Se diría que lo está viendo. Y uno tiene que bajar los ojos al mirarla.

¿Ojos blancos? Sin duda están incrustados en el bronce. Probablemente será alguna estatua romana.

¡Romana! Eso es. El señor Peyrehorade dice que es romana. ¡Ah!, ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera la estatua, bien conservada? —
¡Oh! Si, no le falta nada, señor. Es aún mas hermosa y mejor terminada que el busto de yeso pintado de Luis Felipe, que está en la Municipalidad. Y con todo, la cara de esa estatua no me gusta. Tiene un aire maligno... más aún es maligna... —¡Maligna! ¿Qué maldad le ha hecho a usted? —A mi, precisamente, no.

Pero vea usted. Estábamos forcejeando para enderezarla, y el señor Peyrehorade también tiraba de la cuerda, aunque no tiene mas fuerza que un pollo. Yo traje una piedra para calzarla, cuando de pronto, ¡zas!, cae boca arriba. "¡Cuidado!" grité yo, pero demasiado tarde, porque Jean Coll no tuvo tiempo de sacar la pierna...

—¿Y le hizo daño?

—¡ Le quebró esa pobre pierna como si fuera una caña! Cuando vi eso, me enfurecí. Hubiera querido destrozar ese ídolo a golpes de pico, pero el señor Peyrehorade me lo impidió Le ha dado dinero a Jean Coll, quién de todas maneras aún está en cama desde hace quince días que le ocurrió eso, y el médico

dice que jamás volverá a caminar con esa pierna como con la otra. Es una lástima, él que era nuestro mejor corredor, y después del hijo del señor Peyrehorade, el más hábil jugador de pelota. Por eso el señor Alphonse ha estado triste, porque Coll siempre jugaba con él. Era hermoso ver como se lanzaban la pelota. ¡Paf! ¡paf! jamas tocaba el suelo.

Conversando de estas cosas, entramos en Ille, y pronto me hallé en presencia del señor Pevrehorade.

Era un viejecito todavía fuerte y bien dispuesto, empolvado, de nariz roja y aire jovial y chacotero. Antes de abrir la cartas del señor P., me había instalado ante una mesa bien servida, y presentado a su esposa y su hijo diciendo que yo era un arqueólogo ilustre que debía sacar al Rosellón del olvido en que lo tenía la indiferencia de los sabios.

Mientras comía con buen apetito, pues nada mejor para excitarlo que el aire penetrante de las montañas, observe a mis anfitriones. Ya he dicho algo del señor Peyrehorade; debo agregar que era la vivacidad en persona. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca, me traía libros, me mostraba grabados, me llenaba el vaso; no paraba quieto dos minutos seguidos.

Su esposa, una mujer bastante robusta, como la mayoría de las catalanas cuando han pasado los cuarenta años, era una provinciana cabal, ocupada únicamente en atender su casa. Y aunque la cena fuera suficiente para seis personas, ella corría a la cocina, había matar pichones, abría innumerables jarras de confituras.

En un instante la mesa estuvo cubierta de platos y botellas, y ciertamente yo habría muerto de indigestión con sólo probar todo aquello que se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que yo rechazaba, se renovaban las excusas. Temían que no me hallara cómodo en Ille. ¡Hay tan pocos recursos en las provincias, y los parisienses tienen un gusto tan difícil!

Entre las idas y venidas de sus padres, Alphonse Peyrehorade permanecía inamovible como un vencimiento. Era un joven alto, de veintiséis años, de fisonomía hermosa y regular, pero carente de expresión. Su talla y su figura atlética justificaban la reputación de infatigable jugador de pelota de que gozaba en la región.

Aquella noche vestía con elegancia: era una reproducción exacta del grabado aparecido en el último número del *journal des Modes*. Pero me pareció

que su vestimenta le molestaba, pues estaba rígido como un paste en la horca de su cuello de terciopelo, y cuando se daba vuelta parecía hecho de una sola pieza. Sus manos grandes y curtidas por el sol, sus uñas cortas, contrastaban singularmente con su vestidura.

Eran las manos de un obrero saliendo. de las mangas de un dandy. Por otra parte, y aunque me examinó de pies a cabeza, con mucha curiosidad, por mi condición de parisiense, sólo una vez en toda la velada me dirigió la palabra, y fué para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

¡Ea, pues!, mi querido huésped —dijo el señor Peyrehorade cuando la cena tocaba a su fin—, usted me pertenece, está en mi casa. No lo soltaré sino cuando haya visto todo lo que hay de curioso en nuestras montañas. Es necesario que aprenda a conocer nuestro Rosellón, y que le haga justicia. No sospecha usted todo lo que tenemos que mostrarle. Monumentos fenicios, célticos, romanos, árabes, bizantinos; todo lo verá usted, desde el cedro hasta el hisopo. Lo llevaré por todas partes, y no le ahorraré una piedra.

Un acceso de tos lo obligó a callar. Aproveché para decirle que lamentaría mucha fastidiarlo en una circunstancia de tanto interés para su familia. Si él quería darme sus excelentes consejos sobre las excursiones que yo debía realizar, podría arreglármelas yo solo, sin necesidad de que se tomara la molestia de acompañarme.

¡Ah, se refiere usted a la boda de este muchacho! —exclamó, interrumpiéndome—. Absurdo, eso será pasado mañana. Usted la festejará con nosotros, en familia, porque la novia está de duelo por una tía a quien hereda. Así, pues, no habra fiesta, no habra baile... Es una lástima... usted habria visto danzar a nuestras catalanas... Son hermosas, y quizá lo habrian tentado de imitar a mi Alfonso. Se dice que una boda trae otros... El sábado, una vez casados los jóvenes, estaré libre y nos pondremos en movimiento. Perdone que lo fastidemos con una boda de provincia. Para un parisiense hastiado de fiestas... ¡y una boda sin baile! Sin embargo, vera usted una novia ... una novia ... ya me hablará usted de ella ... Pero usted es un hombre grave y no mira a las mujeres. Tengo algo mejor para mostrarle. ¡Ya vera...! Buena sorpresa le reservo para mañana.

—¡Santo Dios! —le dije—, es difícil tener un tesoro en la casa sin que la gente se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara.

Pero si se trata de su estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía no ha servido más que para excitar mi curiosidad y predisponerme a la admiración.

—¡Ah!, entonces él le ha hablado del ídolo, pues ése es el nombre que dan a mi hermosa Venus Tur... mas no quiero decirle nada.

Mañana la vera a la luz del día y me dirá si tengo razón en creerla una obra maestra. ¡Vaya! ¡No podría usted haber llegado más oportuno! La estatua tiene inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi manera... ¡pero un sabio de París!... Probablemente usted se mofará de mi interpretación; porque yo he escrito un artículo, yo, un viejo anticuario de provincia; me he lanzado a... quiero publicarlo lo antes posible. Si usted tiene la bondad de leerlo y corregirlo, podría esperar... Por ejemplo, tengo suma curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción del pedestal: CAVE... Pero aún no quiero preguntarle nada. Mañana, mañana. ¡Hoy, ni una sola palabra de la Venus!

—Haces bien, Peyrehorade —dijo su esposa— en dejar tranquilo a tu ídolo. No dejas comer a nuestro huésped. Vamos, él habrá visto en París estatuas más hermosas que la tuya. Las hay por docenas en las Tullerías, y también son de bronce.

¡He ahí la ignorancia, la santa ignorancia provincial —interrumpió Peyrehorade—. ¡Comparar una admirable antigüedad con las vulgares figuras de Costou! ¡Con cuánta irreverencia habla de los dioses mi casera!

Sepa usted que mi esposa quería hacerme fundir la estatua y construir una campana para nuestra iglesia. ¡Y quería ser la madrina! ¡Una obra maestra de Mirón!

—¡Obra maestra! ¡Obra maestra! ¡Bonita obra maestra la que ha hecho! ¡Quebrarle la pierna a un hombre!

—Esposa mía, ¿ves esto? —dijo Peyrehorade con tono resuelto, tendiendo su pierna derecha calzada en una media de seda de variados colores—, si mi Venus me hubiera quebrado esta pierna, no lo lamentaría.

—¡Dios mío! Peyrehorade, ¿cómo puedes decir eso? Felizmente, no piensa lo que dice... Y sin

embargo, no puedo resolverme a mirar la estatua que, ha causado un desastre semejante. ¡Pobre Jean Coll!

—Herido por Venus, señor —dijo Peyrehorade con una carcajada—, herido por Venus, y el tunante se queja:

Veneris nec praemia noris.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

Alphonse, que comprendía mejor el francés que el latín, guiñó un ojo con aire de inteligencia, y me mire como diciendo: "¿Y usted, que es parisiense, comprende?"

Terminó la cena. Hacia una hora que yo había dejado de comer. Estaba fatigado, y no lograba ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora Peyrehorade fué la primera en notarlo, y observé que era tiempo de ir a dormir. Entonces se renovaron las excusas por la escasa comodidad que podían ofrecerme. Yo no estaría como en París.

¡En provincias se vive tan mal!... Era preciso ser indulgente con los roselloneses. Y por más que yo protestara que después de aquella jornada en la montaña un haz de paja me resultaría un lecho delicioso, siguieron rogándome que perdonara a unos

pobres campesinos si no podían tratarme tan bien como deseaban. Subí por fin acompañado por el señor Peyrehorade al cuarto que me habían destinado. La escalera, cuyos escalones superiores eran de madera, desembocaba en mitad de un corredor, al que daban varias habitaciones.

—A la derecha —dijo mi anfitrión— están los aposentos que destino a la futura esposa de mi hijo. Su cuarto está en el extremo opuesto del corredor. Usted comprende —añadió con expresión que quería ser aguda—, usted comprende que es preciso dejar solos a los recién casados. Usted estaba en un extremo de la casa, ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, y lo primero que vi fué un lecho de siete pies de largo, seis de ancho y tan alto que para encaramarse a él hacía falta un banquillo. Después de indicarme el lugar donde estaba la campanilla, y de comprobar que el azucarero estaba lleno y los frascos de agua de Colonia debidamente colocados sobre el tocador, mi anfitrión me dió las buenas noches y me dejó solo, no sin antes haberme preguntado varias veces si necesitaba alguna otra cosa.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desvestirme, abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una cena abundante. Frente a mi estaba el Canigó admirable en toda época, pero que aquella noche, iluminado por una luna resplandeciente, me pareció la montaña más hermosa del mundo. Permanecí varios minutos contemplando su maravillosa silueta, e iba a cerrar la ventana cuando al bajar los ojos divisé la estatua sobre un pedestal a unos cuarenta metros de la casa. Estaba colocada en el ángulo de un seto vivo que separaba un jardinillo de un vasto rectángulo de terreno perfectamente liso, que, según supe más tarde, era el juego de pelota de la aldea. Ese terreno, propiedad del señor Peyrehorade, había sido cedido por él al municipio, a urgentes instancias de su hijo.

A la distancia a que yo estaba, me era difícil distinguir la actitud de la estatua; sólo podía juzgar su altura, que me pareció aproximada a los dos metros. En aquel momento dos mozos de la aldea pasaban por el juego de pelota, bastante cerca del seto, silbando la alegre canción del Rosellón *Montagnes régales*. Se detuvieron para mirar la estatua; uno llegó a apostrofarla en voz alta. Hablaba en

catalán; pero yo había estado lo bastante en el Rosellón como para comprender aproximadamente lo que decía:

—;Aquí estás, pillá! (El término era mucho mas enérgico.) !Aquí estás! !Eres tú, pues, quien le ha quebrado la pierna a jean Coll! !Sí fueras mía, yo te rompería el cuello!

—¡Bah! ¿con que? —dijo el otro—. Es de cobre, y tan dura que Etienne ha roto su lima tratando de pulirla. Es cobre del tiempo de los paganos; mas duro que no se que.

—Si yo tuviera mí cortafrío —aseguró el primero (parece que era aprendiz de cerrajero) —, le haría saltar esos grandes ojos blancos con la misma facilidad con que arrancaría una almendra de su cascara. Hay en ellos mas de cien sous de plata.

Se alejaron algunos pasos.

—Tengo que darle las buenas noches al idolo —dijo el mas alto de los aprendices, deteniéndose de golpe.

Se agachó, y probablemente recogió una piedra. Lo vi estirar el brazo, lanzar algo y en seguida un sonoro golpe retiñó en el bronce. Instantáneamente

el aprendiz se llevó una mano a la cabeza, lanzando un grito de dolor.

—¡ Me la ha devuelto! —exclamó.

Y los dos mozos huyeron a toda carrera. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y había castigado al gracioso por el ultraje infligido a la diosa.

Cerré la ventana riendo.

—Otro vándalo castigado por Venus. ¡Ojalá se rompan del mismo modo la cabeza todos los destructores de nuestros viejos monumentos!

Y con este caritativo deseo, me quedé dormido. Cuando desperté, era pleno día. A un lado de mi cama estaba el señor Peyrehorade, en *robe de chambre*; al otro, un criado, enviado por su mujer con una taza de chocolate.

—Vamos, levántese, señor parisiense !Estos perezosos de la capital! —decía mi anfitrión mientras yo me vestía apresuradamente—. Las ocho de la mañana y todavía en la cama. Yo estoy levantado desde las seis. Y es la tercera vez que subo. Me he acercado a su puerta en puntillas. Nada, ninguna señal de vida. Le hará mal dormir demasiado a su edad. Y mi Venus, que no ha visto aún... Vamos, tome rápido

esa taza de chocolate de Barcelona... Un auténtico contrabando, un chocolate como no se encuentra en Paris. Recupere fuerzas, porque cuando esté delante de mi Venus, nadie podrá apartarlo de ella.

En cinco minutos estuve preparado, es decir afeitado a medias, con la ropa mal abotonada y escaldado por el chocolate que había bebido hirviendo. Bajé al jardín y me encontré ante una admirable estatua.

Era, sin duda, una Venus, y de una maravillosa hermosura. Desnuda de medio cuerpo arriba, como representaban por lo general los antiguos a las grandes divinidades; la mano derecha, levantada a la altura del pecho, estaba vuelta con la palma hacia adentro, el pulgar y los dos primeros dedos extendidos, los otros dos ligeramente flexionados.

La otra mano, pegada a la cadera, sostenía el ropaje que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de esta estatua me recordaba la del Jugador de murra, al que suele designarse, yo no se por que, con el nombre de Germanicus. Quizá se había querido representar a la diosa jugando a la murra.

De todas maneras, sería imposible imaginar algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus.

Nada mas suave, mas voluptuoso que sus contornos; nada mas elegante ni más noble que su ropaje. Yo habia esperado encontrarme con un trabajo mediocre del Bajo Imperio; en cambio, veia ante mi una obra maestra de la mejor época de la estatuaria. Lo que me asombraba, sobre todo, era la exquisita veracidad de las formas, que habrian podido creerse modeladas sobre la naturaleza, si ésta produjera modelos tan perfectos.

La cabellera, recogida sobre la frente, parecia haber sido antaño dorada. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba levemente inclinada hacia adelante. En cuanto al rostro, jamás lograré describir su extraño carácter; no se parecia a ninguna de las estatuas antiguas que yo recordaba. Carecia de esa belleza calma y severa de los escultores griegos, que daban por sisterna a todos los rasgos una majestuosa inmovilidad. Aquí, por el contrario, observe con sorpresa la evidente intención del artista de infundir en su obra una malicia lindante con la perfidia.

Todos los rasgos estaban levemente contraídos: los ojos un poco oblicuos, la boca enarcada en las comisuras, las fosas nasales levemente abultadas.

Desdén, ironía, crueldad, se leían en aquel rostro que sin embargo tenía una increíble belleza. En verdad, cuanto más se contemplaba aquella admirable estatua, tanto más se experimentaba el penoso sentimiento de que una hermosura tan extraordinaria pudiese estar acompañada de la ausencia de toda sensibilidad.

—Si el modelo ha existido alguna vez —dije a Peyrehorade—, aunque dudo que el cielo haya producido alguna vez mujer como ésta, compadezco a sus amantes. Debió de complacerse en hacerlos morir de desesperación. Hay en su expresión Algo feroz, y sin embargo nunca he visto nada tan bello.

—*Cest Venus tout entiere a sa proie attachee* —exclamó Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo. La expresión de infernal ironía de la estatua era aumentada, si cabe, por el contraste entre sus ojos incrustados de plata, muy brillantes, y la patina de un verde negruzco con que el tiempo había cubierto el resto de su cuerpo. Esos ojos brillantes producían cierta ilusión de realidad, de vida. Recordé lo que me había dicho el guía, que hacía bajar los ojos a quienes la miraban. Eso era casi cierto, y no pude reprimir un movimiento de cólera

contra mi mismo al sentirme incómodo ante aquella figura de bronce.

—Ahora que ha admirado todo en detalle, mi querido colega en antiguallas —dijo mi anfitrión—, iniciemos, si le parece, una conferencia científica. ¿Qué dice usted de esta inscripción, en la que aún no ha reparado?

Me mostró el pedestal de la estatua, donde leí estas palabras:

CAVE AMANTEM

—*Quid dicis, doctissime?* — me preguntó frotándose las manos—, ¡Vamos a ver si descubrimos el sentido de ese *cave amantem!*

—Tiene dos sentidos —repuse—. Puede traducirse así "Cuidate de quien te ama, desconfía de los amantes". Pero en este sentido, no se sí *cave amantem* seria buen latin. A juzgar por la expresión diabólica de la dama, creo más bien que el artista ha querido prevenir al espectador contra esa terrible belleza. En este caso, yo traduciría: "Cuidate si ella te ama".

—¡Hum! —dijo Peyrehorade—, sí, es un sentido admisible; pero, si a usted no le incomoda, yo

prefiero la primera traducción, aunque he de desarrollarla. ¿Usted sabe quién fue el amante de Venus?

—Hubo varios.

—Sí, pero el primero fue Vulcano. ¿No querrá decir esa inscripción: "A pesar de toda tu belleza, de tu aire desdeñoso, tendrás por amante a un herrero, un villano cojo"? ¡Profunda lección, señor, para las coquetas!

—El latín es un idioma terrible en su concisión —observé para no contradecir formalmente a mi anticuario, y retrocede un par de pasos con el propósito de contemplar mejor la estatua.

—¡Un momento, colega! —dijo Peyrehorade, deteniéndome por el brazo—. Aún no lo ha visto todo. Hay otra inscripción. Suba al pedestal y mire el brazo derecho.

Y diciendo esto, me ayudó a subir.

Me sujeté sin demasiadas ceremonias del cuello de la Venus, con la que ya empezaba a familiarizarme. Inclusive la miré un instante frente a frente, y me pareció, de cerca, aún mas pérfida y mas bella que antes. Después advertí que tenía grabados en el brazo algunos caracteres que me parecieron de escritura cursiva antigua. Con ayuda de las gafas,

deletreé lo que sigue, mientras Peyrehorade repetía cada palabra a medida que yo la pronunciaba, aprobando con el gesto y con la voz:

VENERI TVRBVL

EVTYCHES MYRO

IMPERIO FECIT.

Después de la palabra TVRBVL de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas. Pero TVRBVL era perfectamente legible.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó mi anfitrión, radiante y sonriendo con malicia, pues seguramente pensaba que no acertaría a descifrar con facilidad el TVRBVL.

—Hay una palabra que todavía no alcanzo a explicar —repuse—. Todo lo demás es fácil. Eutiques Mirón, por orden de Venus, le ha hecho esta ofrenda.

—Perfecto. Pero, TVRBVL, que le parece? ¿Qué quiere decir TVRBVL?

—Ésa es justamente la palabra que me intriga. Busco en vano cualquier epíteto conocido de Venus que pueda servirme. Veamos, ¿qué le parece TVRBVLENTA? Venus que turba, que agita... Como usted ve, sigue preocupándome su expresión maligna.

TVRBVLENTA no es un epíteto del todo malo para Venus —añadí modestamente, pues yo mismo no me sentía demasiado satisfecho de mi explicación.

—Venus turbulental Venus la alborotadora! Ah, ¿usted cree entonces que mi Venus es una Venus de cabaret? No, señor, nada de eso; es una Venus de buena alcurnia. Pero voy a explicarle ese TVRBVL... siempre que me prometa no divulgar mi descubrimiento antes de la publicación de mi memoria. Porque, como usted ve, me siento orgulloso de mi hallazgo, y al fin y al cabo bien pueden ustedes dejar que nosotros, pobres diablos provincianos, cosechemos algunas espigas. ¡Son ustedes tan ricos, señores sabios parisienses! ...

Desde lo alto del pedestal, donde aún seguía encaramado, le prometí solemnemente que jamás cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—TVRBVL..., señor —dijo, acercándose y bajando la voz, temeroso de que alguna otra persona lo oyera—, debe leerse TVRBVLNERAE.

—Sigo sin comprender.

—Escúcheme bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay una aldea llamada Boulternere. Es una corrupción de la palabra latina TVRBVLNERA.

Nada más común que esas inversiones. Boulternere fue una ciudad romana. Siempre lo había sospechado, pero no tenía pruebas. Y ahora la prueba está ante nuestros Ojos: esta Venus fue la divinidad local de la ciudad de Boulternere, y esta palabra Boulternere, cuyo origen antiguo acabo de demostrar, prueba una cosa muy extraña: Boulternere antes de ser ciudad romana había sido fenicia.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y gozar de mi sorpresa. Logré reprimir un fuerte impulso de reír.

—En efecto —prosiguió TVRBVLNERA es fenicio puro. TVR es la misma palabra que SUR, ¿verdad? Y SUR es el nombre fenicio de Tiro; no es necesario que le recuerde su significado. BVL es Baal, Bal, Bel, Bul, la misma palabra con ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto a NERA, esto me preocupa un poco. A falta de una palabra fenicia, estoy tentado de creer que proviene del griego. vrpoq, húmedo, pantanoso. Sería, pues, una palabra híbrida. Para justificar mi elección de vrpoq, le mostraré cómo en Boulternere los arroyos de la montaña forman pantanos infectos. Por otra parte, la terminación NERA pudo ser agregada mas tarde en honor de Nera Pivesuvia, mujer de Tétrico, quien habría otorgado

algún beneficio a la ciudad de Turbul. Mas, teniendo en cuenta los pantanos, prefiero la etimología de vrpoq.

Tomó rape con expresión satisfecha.

—Pero dejemos a los fenicios y volvamos a la inscripción. Traduzco, pues: "Por orden de Venus de Boulternere, Mirón le dedica esta estatua hecha por él".

Me cuidé muy bien de criticar su etimología, pero quise a mi vez hacer gala de penetración y dije: —Un momento, señor. Mirón ha consagrado algo, pero no estoy seguro de que sea la estatua.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No fué Mirón un famoso escultor griego? El talento se habrá perpetuado en su familia. Es uno de sus descendientes quien ha cincelado esta estatua. Es casi seguro.

—Sin embargo —repliqué—, veo en este brazo un pequeño agujero. Pienso que ha servido para sujetar algo, un brazalete, por ejemplo, que Mirón dió a Venus en ofrenda expiatoria. Mirón era un amante desdichado. Venus estaba irritada contra él: la apaciguó consagrándole un brazalete de oro. Observé que *fecit* se utiliza a menudo en lugar de *consecravit*. Son términos sinónimos. Le mostraria mas de un ejemplo si tuviese a mano a Gruter o a Orellius. Es natural que un

enamorado vea a Venus en sueños, que se imagine que ella le ordena ofrendar a su estatua un brazalete de oro. Mirón le consagró ese brazalete... Después los bárbaros, o algún ladrón sacrílego...

—;Ah, cómo se ve que usted escribe novelas! —exclamó mí anfitrión, tendiéndome la mano para ayudarme a descender—. No, señor, esta es una obra de la escuela de Mirón. Observe la técnica de ejecución y tendrá que admitirlo.

Habiendo adoptado por principio el no contradecir jamás a los anticuarios testarudos, bajé la cabeza con expresión de convencimiento y dije:

—Es una obra admirable.

—¡Ah, Dios mio! —exclamó de pronto el señor Peyrehorade—. ¡Otro acto de vandalismo! ¡Han lanzado una piedra a mí estatua!

Acababa de descubrir una mancha blanca un poco por encima del pecho de la Venus. Yo advertí una huella similar en los dedos de la mano derecha; supuse entonces que habían sido rozados por la trayectoria de la piedra, o bien que el choque desprendió un fragmento y que éste rebotó sobre la mano. Relaté a mí anfitrión la ofensa que presenciara y el pronto castigo que le había seguido. Él se rió

mucho, y comparando el aprendiz a Diómedes, le deseó que, como el héroe griego, viese a todos sus compañeros convertidos en pájaros blancos.

La campana que llamaba al desayuno interrumpió esta conversación sobre temas clásicos, y del mismo modo que la vispera, me ví obligado a comer por cuatro. Después vinieron los arrendatarios del señor Peyrehorade; y mientras él les daba audiencia, su hijo me llevó a ver una calesa que había comprado en Toulouse para su prometida, y que, naturalmente, elogí sin reservas. En seguida entré con él en la cuadra, donde se pasó media hora elogiándome sus caballos, trazándome su genealogía y enumerando los premios que había ganado en las carreras del distrito. Al fin acabó hablándome de su futura, so pretexto de una yegua tordilla que había comprado para ella.

—La veremos hoy —dijo—. No se si le parecerá hermosa. En París son ustedes exigentes; pero aquí y en Perpiñan todo el mundo la encuentra encantadora. Lo bueno está en que es muy rica. Una tia de Prades le ha dejado una fortuna. ¡Oh, sere muy feliz!

Aquel espectáculo de un joven que parecía mas interesado por la dote que por los bellos ojos de su futura me chocó profundamente.

—Usted es buen conocedor de joyas —prosiguió Alphonse—. ¿Qué le parece ésta ? Es el anillo que le dare mañana.

Y diciendo esto, se sacó de la primera falange del dedo meñique un grueso anillo engastado de diamantes y formado por dos manos entrelazadas, alusión que me pareció infinitamente poética. El trabajo era antiguo, pero imaginé que había sido retocado para engarzar los diamantes. En el interior de la sortija se leían estas palabras en letras góticas:

Sempr' ab ti, es decir, siempre contigo.

—Hermoso anillo —dije—. Pero esos diamantes que le han sido agregados le hacen perder un poco de su carácter.

—¡Oh, ahora es mucho más hermoso! —contestó sonriendo—. Hay aquí mil doscientos francos de diamantes. Me lo ha dado mi madre. Era un anillo de la familia, muy viejo, de la época de la caballería.

Perteneció a mi abuela, que lo había recibido de la suya. Sabe Dios cuando fue hecho.

—La costumbre en París —le dije— es dar un anillo muy simple, compuesto por lo general de dos metales diferentes, como el oro y el platino. El otro anillo que tiene usted en la mano sería muy adecuado.

Éste, con sus diamantes y sus manos en relieve, es tan grueso, que no permitirá usar un guante.

—¡Oh, mi esposa hará lo que le plazca! Creo que se alegrará mucho de poseerlo. No es desagradable llevar mil doscientos francos en la mano. Este anillito añadió contemplando con aire de satisfacción el otro, desprovisto de adornos, me lo dió una mujer de Paris un martes de carnaval. ¡Ah, que bien lo pasé cuando estuve en Paris hace dos años! ¡Allá si que se divierte uno!

Y lanzó un suspiro de pesar.

Aquel día debíamos comer en Puygarrig, con los padres de la prometida. Subimos en calesa y nos dirigimos al castillo, distante una legua y media aproximadamente de Ille. Fui presentado y recibido como un amigo de la familia. No hablaré de la cena ni de la conversación que se siguió en la que apenas intervine. Alphonse, sentado junto a su futura esposa, le decia de tanto en tanto alguna palabra al oído. Ella no alzaba los ojos, y cada vez que su pretendiente le hablaba, se ruborizaba, pero contestaba sin torpeza.

Mademoiselle de Puygarrig tenia dieciocho años y su figura esbelta y delicada contrastaba con el huesudo físico de su robusto prometido. Era no

solamente hermosa, sino seductora. Admire la perfecta naturalidad de todas sus respuestas, y su aire de bondad no exenta de una leve malicia me recordó, a pesar mio, la Venus de mi anfitrión. Y al establecer para mis adentros esta comparación, me pregunté si la superior belleza que era necesario conceder a la estatua no procedía, en gran parte, de su expresión de tigresa; porque la energía, aún en las malas pasiones, excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntaria.

"—¡Qué lástima —me dije al salir de Puygarrig— que una persona tan amable sea rica, y que su dote la haga apetecible a un hombre indigno de ella!"

Volviendo a Ille, y no sabiendo que decir a Mme. de Peyrehorade (a quien creí conveniente dirigir de tanto en tanto la palabra), observe:

—¡ Qué valientes son ustedes en el Rosellón! ¿ Cómo es, señora, que celebran una boda en viernes? En París somos más supersticiosos. Nadie se atrevería a casarse en semejante día.

—Por Dios, no me lo recuerde —contestó—. Si hubiera dependido de mi, sin duda se habría elegido otro día. Pero Peyrehorade lo ha querido, y hemos

tenido que ceder. Sin embargo, estoy inquieta. ¿Si ocurriera una desgracia? Algún motivo ha de haber para que todo el mundo tenga miedo del viernes.

—El viernes —exclamó su esposo— es el día de Venus. Excelente día para una boda. Ya ve usted, querido colega, que no pienso en otra cosa que en mi Venus. Palabra de honor, es por ella que he elegido el viernes. Mañana, si usted quiere, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio. Sacrificaremos dos palomas, y si yo supiera dónde encontrar incienso...

—¡Qué vergüenza, Peyrehorade! —interrumpió su mujer, escandalizada al extremo—. ¡Incensar un idolo! ¡Sería una abominacion! ¿Qué dirían de nosotros los vecinos?

—Por lo menos —repuso él—, me permitirás ponerle en la cabeza una corona de rosas y de lirios:

Manibus. date lillia plenis.

Ya ve usted, señor: la constitución es una palabra vana. ¡No tenemos libertad de cultos!

Las actividades del día siguiente fueron ordenadas de la siguiente manera. Todo el mundo debía estar preparado y vestido a las diez de la mañana en punto. Después de tomar el chocolate, iríamos en carruaje a Puygarrig. La ceremonia civil debía reali-

zarse en la alcaldía de la aldea, la ceremonia religiosa en la capilla del castillo. Después vendría el almuerzo, y mas tarde cada uno pasaría el tiempo en la mejor forma posible hasta las siete. A esa hora, volverían todos a Ille, donde ambas familias cenarían juntas en casa del señor Peyrehorade. Lo demás resultaba naturalmente de lo anterior: ya que no se podía bailar, se quería comer lo más posible.

A las ocho de la mañana yo estaba sentado delante de la Venus, con un lápiz en la mano, recomenzando por vigésima vez la cabeza de la estatua, sin conseguir captar su expresión. El señor Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, dándome consejos y repitiéndome sus etimologías fenicias. Más tarde depositó rosas de Bengala sobre el pedestal de la estatua, y en un tono tragicómico formuló votos por la pareja que iba a vivir debajo de su techo. A las nueve entró en la casa para acabar de arreglarse, y al mismo tiempo apareció Alphonse, muy tieso en su frac nuevo, con guantes blancos, zapatos charolados y cincelados botones de camisa, además de una rosa en el ojal.

—¿No quiere hacer el retrato de mi mujer? — preguntó, inclinándose sobre mi dibujo—. Ella también es hermosa.

En aquel momento comenzaba en la cancha de pelota que ya he mencionado un juego que instantáneamente atrajo la atención de Alphonse. Y yo mismo, fatigado y desesperado de reproducir aquella figura diabólica, abandoné bien pronto mi dibujo para observar a los jugadores. Había entre ellos algunos arrieros españoles llegados la víspera. Aragoneses y navarros, tenían casi todos una maravillosa habilidad. Y los de Ille, aunque alentados por la presencia y los consejos de Alphonse, fueron rápidamente batidos por estos nuevos campeones. Los espectadores lugareños estaban consternados. Alphonse miró su reloj. No eran más de las nueve y media. Su madre aún no se había peinado. No vaciló más. Se quitó el frac, pidió una chaqueta y desafió a los españoles. Yo lo miré sonriendo y un poco sorprendido.

—Hay que mantener el honor del país —dijo.

A partir de entonces me pareció verdaderamente hermoso. Era apasionado. Su elegancia, que tanto le preocupaba poco antes, ya nada significaba para él. Algunos minutos atrás, había temido volver la cabeza por no estropear el nudo de la corbata. Ahora ya no pensaba en su cabello rizado ni en su camisa tan bien plegada. ¿Y su prometida...? Estoy seguro de

que en caso necesario Alphonse habría hecho postergar la boda. Lo vi calzarse apresuradamente un par de sandalias, arremangarse los puños y con aire decidido ponerse al frente de los derrotados, como César reuniendo sus soldados en Dyrrachium. Salté el cerco y me instalé cómodamente a la sombra de un árbol, desde donde podía ver bien lo que sucedía en ambos campos.

Defraudando la expectativa general, Alphonse marró la primera pelota; cierto es que llegó rasando el suelo y lanzada con fuerza sorprendente por un aragonés que parecía el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y nervioso, de seis pies de estatura, y su tez olivácea tenía un tinte casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alphonse, furioso, lanzó al suelo su raqueta. — ¡Este maldito anillo —gritó—, que me aprieta el dedo y me hace errar una pelota segura!

Se quitó no sin esfuerzo, su anillo de diamantes. Me acerqué para guardárselo. Pero él se adelantó corrió hacia la Venus y deslizó la sortija en su dedo anular. En seguida volvió a su puesto.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. A partir de aquel momento no perdió un solo tanto, y los españoles fueron completamente derrotados. El entusiasmo de los espectadores fué un hermoso espectáculo; unos lanzaban gritos de alegría tirando al aire sus sombreros; otros le estrechaban las manos, llamándolo el crédito del país. Dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y sinceras si hubiese rechazado una invasión. Y la humillación de los vencidos contribuyó al esplendor de su victoria.

—Jugaremos otro partido, amigo mío —dijo al aragonés en un tono de superioridad—. Pero le dare ventaja.

Yo habría deseado que Alphonse fuese mas modesto y me sentí casi dolorido por la humillación de su rival.

El insulto ofendió vivamente al gigante español. Palideció bajo su tez curtida. Miró su paleta con aire sombrío, apretando los dientes. Después dijo en voz baja y sorda:

—Me lo pagarás.³

³ En español en el original

La voz del señor Peyrehorade turbó el triunfo de su hijo; sorprendido de no encontrarlo presidiendo los aprestos de la calesa nueva, se sorprendió aun más al verlo bañado en sudor, con la raqueta en la mano. Alphonse corrió a la casa, se lavó el rostro y las manos, volvió a ponerse el frac nuevo y los zapatos charolados, y cinco minutos después avanzábamos al trote largo por el camino de Puygarrig.

Todos los jugadores de pelota de la aldea y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de alegría. Los robustos caballos que tiraban de nuestro carruaje apenas podían mantener la delantera sobre aquellos intrépidos catalanes. Estábamos en Puygarrig y el cortejo iba a ponerse en marcha camino a la alcaldía cuando Alphonse se llevó la mano a la frente y me dijo en voz baja:

—¡Qué fastidio! ¡He olvidado el anillo! ¡Está en el dedo de Venus, que el diablo se la lleve! No se lo diga a mi madre, por lo menos. Quizá no lo note. — ¿Por que no manda a alguien a buscarlo?

—¡Bah! Mi criado se quedó en Ille, y de estos no me fío. Mil doscientos francos en diamantes pueden tentar a cualquiera. Además, ¿que pensarían de mi distracción? Se burlarían de mí. Me llamarían el

marido de la estatua... ¡con tal que no me lo roben! Felizmente, el idolo infunde temor a estos pillos. No osan acercarse a la distancia de un brazo. ¡Bah!, no es nada. Tengo otro anillo.

Las dos ceremonias, civil y religiosa, se efectuaron con la pompa de rigor; y Mademoiselle Puygarrig recibió el anillo de una modista parisiense, sin sospechar que su prometido le sacrificaba un recuerdo amoroso. Después nos sentamos todos a la mesa, bebimos, comimos y aun cantamos prolongadamente. Yo sufría por la prometida las rudas chanzas que estallaban a su alrededor. Sin embargo, ella las toleraba mejor de lo que yo había esperado, y su desasosiego no llegaba a convertirse en torpeza ní en afectación.

Quizá las situaciones difíciles infundan valor.

El almuerzo terminó cuando Dios quiso. Eran las cuatro de la tarde. Los hombres fueron a pasearse por el parque, que era magnifico, o se quedaron a mirar las danzas de los campesinos de Puygarrig, ataviados de fiesta, en el prado del castillo. De este modo transcurrieron varias horas. Entretanto, las mujeres rodeaban solícitas a la novia, que les mostraba sus regalos. Después mudó de ropa, y

observé que cubría sus hermosos cabellos con un sombrero de plumas; las mujeres siempre se apresuraron a usar en la primera oportunidad que se les presenta el atavío que la costumbre les prohíbe cuando todavía son solteras.

Eran casi las ocho cuando nos dispusimos a regresar a Ille. Pero antes hubo una escena patética. La tía de la novia, mujer muy anciana y devota, que hacia para con ella las veces de madre, no debía acompañarnos.

En el momento de la partida dirigió a su sobrina un conmovedor sermón sobre sus deberes de esposa, del cual resultó un torrente de lágrimas y una infinidad de abrazos. El señor Peyrehorade comparó esta separación con el rapto de las sabinas. Partimos, sin embargo, y en el trayecto todos se esforzaron por distraer a la recién casada y hacerla reír. Pero fue en vano.

En Ille nos esperaba la cena, ¡y qué cena! Si el tosco regocijo de la mañana me había chocado, mucho más me impresionaron los equívocos y chanzas de que se hizo víctima principal a la pareja. El novio, que se había ausentado unos segundos antes de sentarse a la mesa, estaba pálido y con una seriedad de hielo. Bebía una copa tras otra de viejo vino de

Collioure, casi tan fuerte como el aguardiente. Yo estaba a su lado, y me creí obligado a advertirle:

—¡Tenga cuidado! Se dice que el vino...

No se qué tontería añadí para ponerme a tono con los demás comensales.

Él me tocó la rodilla y dijo en voz muy baja: — Cuando nos levantemos de la mesa... quiero hablarle unas palabras. Su tono solemne me sorprendió. Lo mire atentamente y observe la extraña alteración de sus rasgos.

—¿Se siente indisputado? —le pregunté.

—No.

Y siguió bebiendo.

Entretanto, en medio de gritos y aplausos, un niño de doce años, que se había deslizado bajo la mesa, mostró a los asistentes una hermosa cinta rosada y blanca que había desatado del tobillo de la novia. Se le llamó la liga de la desposada, y después de ser cortada en pedacitos fue repartida entre los jóvenes, que adornaron con ellos sus ojales, según una vieja costumbre que se conserva aún en algunas familias patriarcales. Y esta vez la desposada enrojeció hasta el blanco de los ojos. Pero su turbación llegó al máximo Cuando el señor Peyrehorade después de

reclamar silencio canto algunos versos en catalán, improvisados, según él, cuyo sentido —si no los comprendi mal— era el siguiente: "¿Qué es esto, amigos míos? ¿El vino que he bebido me hace ver doble? Hay aquí dos Venus..."

La desposada volvió bruscamente la cabeza con una expresión aterrada que hizo reír a todo el mundo.

—Sí —prosiguió el señor Peyrehorade—, hay dos Venus bajo mi techo. A una la he encontrado en la tierra, como una trufa; la otra, descendida del cielo, acaba de dividir su cinturón entre nosotros. Quería decir su liga.

—Hijo mío, elige la Venus romana o la catalana... El muy pillo elige la catalana, y elige lo mejor. La romana es negra, la catalana es blanca. La romana es fría, la catalana inflama a todo el que se le acerca.

Esta salida provocó tal algarabía, aplausos tan ruidosos y risas tan sonoras, que me pareció que el techo estaba a punto de desplomarse sobre nosotros. En torno a la mesa solo había tres semblantes serios, el de los recién casados y el mío. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza; además, no se por que, una boda

siempre me entristece. Ésta, por añadidura, me disgustaba un poco.

Cuando el teniente/ alcalde canto las últimas coplas, bastante ligeras por cierto, todos pasamos al salón para despedir a la novia, que bien pronto debía ser conducida a su alcoba, pues ya se acercaba la medianoche.

Alphonse me llevó al alféizar de una ventana y me dijo, desviando los ojos:

—Usted se burlará de mi... Pero no se que tengo... ¡estoy hechizado! ¡El diablo me lleve!

Lo primero que se me ocurrió fué que se creia amenazado de alguna de esas desgracias de que hablan Montaigne y Madame de Sevigné "Todo el imperio amoroso está colmado de historias trágicas, etc."

"Yo creia que esta clase de accidentes solo ocurrían a la gente de espiritu", pensé para mis adentros.

—Ha bebido demasiado vino de Collioure, mi querido amigo —le dije—. Yo se lo advertí.

—Si, puede ser. Pero se trata de algo mucho más terrible.

Hablaba con voz entrecortada. Me pareció completamente ebrio

—¿Usted recuerda lo que le dije de mi anillo?

—prosiguió después de una pausa.

—Si ¿se lo han robado?

—No.

—En ese caso, ¿lo tiene en su poder?

—No... yo... no puedo sacarlo del dedo de esa maldita Venus.

—¡Vamos! No habrá tirado con suficiente fuerza. —Si, por cierto...Pero ella ha doblado el dedo.

Me miró fijamente con expresión huraña, apoyándose en la falleba para no caerse.

—¡Qué disparate! —le dije—. Ha introducido demasiado el anillo en el dedo. Mañana podrá sacarlo con un par de tenazas. Pero tenga cuidado de no dañar la estatua.

—No, le digo que no. Venus ha encogido el dedo, lo ha replegado. Cierra la mano, ¿comprende usted? Es mi esposa, aparentemente, puesto que le he dado mi anillo... No quiere devolvérmelo.

Me estremecí bruscamente y por un instante sentí la piel de gallina. Pero en aquel momento él suspiró hondamente, lanzando una tufarada de vino, y toda emoción de mi parte desapareció.

"Este condenado —pensé— está completamente borracho."

—Usted es un anticuario, señor —prosiguió Alphonse con acento lamentable—. Usted conoce esas estatuas... Quizá hay algún resorte, algún truco que yo no conozco... ¿No quiere verla?

—De buena gana —repuse—. Venga conmigo.

—No. Prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena; ahora empezaba a llover con fuerza. Iba a pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. "Sería muy tonto —me dije— si fuera a comprobar lo que me dice un hombre ebrio. Quizá, por otra parte, haya querido hacerme una broma de mal gusto, para hacer reír a estos honrados provincianos. Y en todo caso, lo menos que puede ocurrirme es empaparme los huesos y pescarme un buen resfrio."

Desde la puerta lance un vistazo a la estatua chorreante de agua y subí a mi cuarto sin volver al salón. Me acosté; pero tardé mucho tiempo en conciliar el sueño. Todas las escenas del día retornaban a mi memoria. Pensé en aquella muchacha tan hermosa y tan pura entregada a un ebrio brutal.

"Que cosa tan detestable —pensé— es ún matrimonio de conveniencia. El alcalde se pone una faja tricolor, el cura se ciñe la estola y la muchacha más honrada del mundo queda en manos de un minotauro. Dos seres que no se aman, ¿ qué pueden decirse en ún momento como ése, un momento que dos enamorados comprarían al precio de sú vida? Una mujer, ¿ puede amar jamás a ún hombre a quien ha visto grosero una vez? Las primeras impresiones no se borran, y estoy seguro de que Alphonse merecerá ser detestado..."

En el transcurso de mi monólogo, que abrevio mucho, de frecuentes idas y venidas en la casa, puertas que se abrian y cerraban, vehiculos que partian. Despues me pareció oír, en la escalera, los pasos ligeros de varias mujeres que se dirigian al extremo del corredor opuesto a mi cuarto. Era probablemente el cortejo de la novia, que conducía a ésta a sú alcoba. Después los pasos descendieron nuevamente la escalera.

La puerta de Madame de Peyrehorade se habia cerrado. "Cuán turbada e inquieta debe estar esa pobre muchacha", dije para mis adentros, revolviéndome malhumorado en el lecho. Un hombre

soltero desempeña ún papel bastante estúpido en una casa donde se celebra una boda.

Hacia algún tiempo que reinaba el silencio cuando fué interrumpido por pesados pasos que subían la escalera. Los escalones de madera crujían ruidosamente.

—¡Qué cernicalo! —exclamé—. Apuesto a que se cae en la escalera.

Todo volvió a quedar tranquilo. Tome ún libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una estadística del departamento, complementada por una memoria de Peyrehorade sobre los monumentos druidas del distrito, de Prades. Me quedé dormido al llegar a la tercera página.

Dormi mal y me desperté varias veces. Serían las cinco de la mañana, y ya hacia más de veinte minutos que estaba despierto, cuando cantó el gallo.

Estaba por amanecer. Entonces oí claramente los mismos pasos pesados, el mismo crujido de la escalera que había oído antes de quedarme dormido. Esto me pareció extraño. Bostecé, tratando de adivinar por que Alphonse se levantaba tan temprano. No logré encontrar ninguna razón plausible. Iba a cerrar los ojos cuando rai atención fue nuevamente excitada por un

extrano tropel al que bien pronto se mezcló un tintineo de campanillas y ruido de puertas que se abrían estrepitosamente. Después percibi gritos confusos.

" ¡Mi borracho habrá pegado fuego a la casa!", pensé saltando del lecho.

Me vestí rápidamente y entré en el corredor. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba a todas las demás:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Era evidente que alguna desgracia había sucedido a Alphonse. Corrí a la alcoba nupcial. Estaba llena de gente. El primer espectáculo que se ofreció a mis ojos fue el del joven, vestido a medias, extendido de través sobre el lecho, cuyo tablado estaba roto. Estaba pálido e inmóvil. Su madre lloraba y gemía a su lado. El señor Peyrehorade se movía de un lado a otro, frotándole las sienes con agua de Colonia o poniéndole sales debajo de la nariz. Inútilmente: su hijo estaba muerto hacia largo rato. Sobre un sofá en el otro extremo de la habitación, la desposada era presa de horribles convulsiones. Lanzaba gritos inarticulados, y dos robustos criados se veían en dificultades para contenerla.

—¡ Dios mío! —exclamé— ¿Qué ha sucedido?

Me acerqué al lecho y levanté el cuerpo del infortunado joven; ya estaba rígido y frío. Sus dientes apretados y su rostro ennegrecido expresaban la angustia más atroz. Era evidente que su muerte había sido violenta y su agonía terrible. Sin embargo, no había rastros de sangre en sus ropas.

Le abrí la camisa y le ví en el pecho una marca que se prolongaba por los flancos y la espalda. Parecía haber sido estrechado en un círculo de hierro. Pisé algo duro que yacía sobre la alfombra; me agaché y ví que era la sortija de diamantes.

Llevé al senior Peyrehorade y su esposa a su habitación; después hice transportar allí a la desposada.

—Aún tenéis una hija —les recorde—. Debéis cuidarla.

Y los dejé solos.

No me parecía dudoso que Alphonse había sido víctima de un asesinato cuyos autores habían logrado introducirse durante la noche en la alcoba nupcial. Sin embargo, aquellas magulladuras del pecho, en forma de círculo, me intrigaban bastante. Habría sido imposible producirlas con un bastón o con una barra de hierro. De pronto recordé haber oído decir que en Valencia algunos matones utilizaban

largos sacos de cuero, llenos de arena, con los que golpeaban a sus víctimas para cometer sus crímenes a sueldo. Al mismo tiempo recordé al arriero aragonés y su amenaza. Pero aún así, me costaba trabajo pensar que hubiera tomado venganza tan terrible de una broma sin importancia.

Recorrí la casa, buscando por doquier huellas de una irrupción violenta, pero no pude encontrarlas. Bajé al jardín, para ver si los asesinos habían podido introducirse por allí. Mas no hallé ningún indicio seguro. La lluvia de la víspera, por otra parte, había enlodado el terreno a tal extremo que habría sido imposible encontrar huellas bien netas.

Sin embargo descubrí algunas, no muy profundas; iban en dos direcciones contrarias, pero en una misma línea, partiendo de la esquina del seto contigua al juego de pelota y desembocando en la puerta de la casa. Podían ser los pasos de Alphonse, cuando fué a buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otra parte, el seto era allí menos tupido; debía ser ése el punto elegido por los asesinos para atravesarlo. Pasando una y otra vez ante la estatua, me detuve un instante para observarla. Esta vez, lo reconozco, no pude contemplar sin espanto su expresión de irónica

perversidad. Y, con el espíritu colmado de las escenas terribles que acababa de presenciar, creí ver en ella una divinidad infernal que se regocijaba de la calamidad que había caído sobre la casa.

Volví a mi cuarto y permanecí en él hasta mediodía. A esa hora salí y pedí noticias de mis anfitriones. Estaban un poco más calmados. Mademoiselle de Puygarrig —debería decir la viuda de Alphonse— había recobrado el conocimiento. Quiso hablar personalmente con el procurador real de Perpignan, que estaba de jira en Ille, y este magistrado recibió su declaración y pidió también la mía. Le dije lo que sabía, y no oculté mis sospechas del arriero aragonés.

Ordenó que fuera arrestado inmediatamente.

—¿Le ha dicho algo Mme. Alphonse? —pregunté al procurador cuando mi declaración estuvo escrita y firmada.

—Esa desdichada joven se ha vuelto loca —me respondió sonriendo tristemente—. Loca, enteramente Loca. Dice que hacia varios minutos que estaba acostada con las cortinas del lecho corridas, cuando se abrió la puerta de su alcoba y entró alguien. Mme. Alphonse estaba del lado de la pared, con el rostro

vuelto hacia ella. Convencida de que era su marido, no se movió. Un instante mas tarde el lecho crujió como si acabara de posarse en él un peso enorme. La joven tuvo mucho miedo, mas no osó volver la cabeza.

Transcurrieron de este modo cinco minutos, quizá diez... ella habia perdido la noción del tiempo. De pronto ella, o la persona que estaba a su lado, hizo un movimiento involuntario, y sintió el contacto de algo frío como el hielo. Son sus propias palabras. Se acurrucó aún mas contra la pared, temblando de pies a cabeza. Poco mas tarde la puerta se abrió por segunda vez, alguien entró y dijo: "Buenas noches, mi pequeña esposa". En seguida se recorrieron las cortinas y ella oyó un grito ahogado. La persona que estaba a su lado en el lecho se incorporó y pareció tender los brazos hacia adelante. Entonces la joven volvió la cabeza... y dice que vió a su marido arrodillado junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verdoso que lo estrechaba con fuerza. Dice — y me lo ha repetido veinte veces, pobre mujer, dlice que reconoció. ¿adivina usted? A la Venus de bronce, la estatua del señor Peyrehorade... Desde que está aqui, todo el mundo sueña con ella.

Pero vuelvo al relato de la desdichada loca. Al ver aquel espectáculo, perdió el conocimiento. Probablemente había perdido la razón algunos momentos antes. No sabe decir cuánto tiempo permaneció desmayada. Al volver en sí, vió nuevamente el fantasma, o la estatua, como afirma siempre, inmóvil, las piernas y la parte inferior del cuerpo sobre el lecho, el busto y los brazos tendidos había adelante, y entre los brazos, su esposo, ya sin movimiento. Cantó un gallo. Entonces la estatua salió del lecho, dejó caer el cadaver y se marchó. Mme. Alphonse tocó desesperadamente la campanilla, y lo demás lo sabe usted.

Se hizo comparecer al español. Estaba tranquilo y se defendió con mucha sangre fría y presencia de ánimo.

Por lo demás, no negó la amenaza que yo había oído, pero se justificó alegando que lo único que había querido decir era que, al día siguiente, cuando hubiera descansado, ganaría un partido de pelota a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Un aragonés ultrajado no espera al día siguiente para vengarse. Si yo hubiese creído que el señor Alphonse quería insultarme, le habría hundido el cuchillo en el vientre allí mismo.

Se compararon sus zapatos con las huellas de pasos en el jardín; sus zapatos eran mucho más grandes.

Por otra parte, el fondero de aquel hombre declaró que había pasado toda la noche masajeando y curando uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Por último, el aragonés era hombre de buena reputación, muy conocido en toda la comarca, adonde venía todos los años para ejercer su comercio. Se lo puso en libertad y se le ofrecieron excusas. Olvidaba la declaración de un criado que fué el último que vió a Alphonse con vida.

Éste iba a subir a la alcoba de su mujer, pero antes llamó al criado y le preguntó con expresión de inquietud si había dónde estaba yo. El criado respondió que no me había visto. Entonces Alphonse lanzó un suspiro y estuvo cosa de un minuto silencioso antes de decir: *¡Bueno! ¡También a él se to habrá llevado el diablo!*

Pregunté a este hombre si Alphonse llevaba en aquel momento su anillo de diamantes. El criado vaciló antes de responder; por fin dijo que no le parecía, pero que de todas maneras él no había reparado en ese detalle.

—Si, lo hubiera llevado en el dedo —añadió—, sin duda yo lo habría notado, pues creía que se lo había dado a Madame Alphonse.

Al interrogar a este hombre sentí un poco del terror supersticioso que la declaración de Mme. Alphonse había propagado por toda la casa. El procurador real me miró, sonriendo, y me cuidé bien de insistir.

Algunas horas después de los funerales de Alphonse me dispuse a marcharme de Ille. El carruaje del señor Peyrehorade debía conducirme a Perpiñan.

A pesar de su estado de debilidad, el pobre anciano quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo atravesamos en silencio, él casi arrastrándose, apoyado en mi brazo. En el momento de la despedida, lancé una última mirada a la estatua de Venus. Preveía que mi anfitrión, aunque no compartiese el terror y el odio que ella inspiraba a una parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que le recordaría incesantemente una desgracia atroz. Mi intención era comprometerlo a que la donase a un museo.

Aún no me decidía a entrar en materia cuando el señor Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza

hacia el lugar que yo miraba fijamente. Vió la estatua y se deshizo en llanto. Lo abracé, y sin atreverme a decirle una palabra, subí al carruaje.

Desde aquel día, que yo sepa, la misteriosa catástrofe ha permanecido sin explicación.

El señor Peyrehorade murió algunos meses después que su hijo. En su testamento me legó sus manuscritos, que quizá publicaré algún día. No he encontrado entre ellos la memoria referente a las inscripciones de la estatua de Venus.

P. S.— Mi amigo el señor P. acaba de escribirme de Perpiñán diciéndome que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, la primera preocupación de Mme. de Peyrehorade fué hacerla fundir para convertirla en una campana, y bajo esta nueva forma prestó servicios en la iglesia de Ille. Pero, agrega mi amigo, parece que la mala suerte persigue a los que poseen aquel bronce. Desde que la campana suena en Ille, las viñas se han helado dos veces.

H. G. WELLS

LA PUERTA EN EL MURO

Pocos escritores han influido tanto en el mundo contemporáneo como **H. G. (HERBERT GEORGE) WELS**. En libros juveniles anticipó algunas conquistas científicas actuales, o dió forma a milenarios sueflos de la humanidad. En obras posteriores ahondó en los problemas de nuestra civilización, poniendo al servicio de ese análisis una singular aptitud sociológica.

La Máquina del Tiempo, La Isla del Dr. Moreau, El Hombre Invisible, La Guerra de los Mundos, Tono Bungay, El Padre de Cristina Alberta, son sus novelas más conocidas. Escribió también un *Esquema de la Historia* y una amena autobiografía.

VI

LA PUERTA EN EL MURO

Hace menos de tres meses, durante una velada propicia a las confidencias, Lionel Wallace me contó esta historia de La Puerta en el Muro. Y en aquel momento pensé que, en lo que a él concernía, era verídica.

Me la narró con una simplicidad de convicción tan directa, que no pude menos de creerle. Pero a la mañana siguiente, en mi propio departamento, me hallé al despertar en una atmósfera distinta; y mientras tendido en la cama recordaba las cosas que me había relatado, pero desprovistas ahora del encanto de su voz grave y lenta, desvinculadas de la luz del quinqué que caía sobre la mesa, del ámbito de sombras que nos circundaba y de todos aquellos objetos agradables y relucientes —el postre, las copas, la mantelería de la cena que acabábamos de compartir— que constituían un mundo pequeño y brillante, totalmente aislado de las realidades cotidianas, me parecieron francamente increíbles.

—Son invenciones... —me dije, y añadí—: Pero, ¡qué notables! ... Jamás lo hubiera imaginado, y menos en él.

Más tarde, mientras sentado en la cama tomaba el té, traté de explicar el sabor a realidad de sus imposibles reminiscencias (era ese sabor a realidad lo que me dejaba perplejo), suponiendo que de algún modo sugerían, mostraban, transmitían (no sé qué palabra utilizar) experiencias que de otra manera era imposible referir.

Pues bien, ya no recorro a esa explicación. Mis dudas se han disipado. Creo ahora, como creí cuando me contó el episodio, que Wallace hizo todo lo posible por develar ante mi la verdad de su secreto. Pero no pretendo adivinar si realmente vió o si creyó ver, si fué el poseedor de un inestimable privilegio o la víctima de un sumo fantástico. Inclusive las circunstancias de su muerte, que aventaron para siempre mis dudas, no aclaran ese dilema.

El lector juzgará por si mismo.

He olvidado qué comentario, qué crítica formulada por mí al azar, impulsó a un hombre tan reticente a depararme su confianza. Creo que quiso defenderse contra una acusación de tibieza o de

irresponsabilidad en relación con un gran movimiento público, en el que su actitud me había defraudado. Lo cierto es que bruscamente intentó justificarse. —Tengo una preocupación... —dijo.

"Se —prosiguió después de una pausa—, que he sido negligente. Lo cierto es que... No se trata de un caso de fantasmas o de aparecidos, pero es una cosa difícil de decir, Redmond. Estoy hechizado. Acosado por algo que despoja de interés a las cosas, que me llena de ansias... "

Se interrumpió, refrenado por esa timidez inglesa que tan a menudo nos asalta cuando queremos hablar de cosas conmovedoras, graves o bellas.

—Tú fuiste alumno de Saint Althestan's hasta el último año —dijo, y por un instante esto me pareció enteramente desvinculado del tema—. Bueno...

Hizo una nueva pausa. Después, vacilante al principio, con más soltura luego, empezó a hablarme de aquello que había oculto en su vida: el persistente recuerdo de una belleza y una felicidad que llenaban su corazón de insaciables anhelos, y que tornaba opacos, tediosos y vanos todos los intereses y el espectáculo de la vida mundana.

Ahora que poseo la clave, todo parece visiblemente escrito en su rostro. Tengo una fotografía suya en la que ese despego ha sido captado e intensificado. Me recuerda lo que de él dijo una vez una mujer, una mujer que lo había amado mucho: "De pronto pierde todo interés. Se olvida de los demás. No le importa nada de los demás, aunque estén a su lado".

Sin embargo, Wallace no era siempre igualmente apático, y cuando ponía su atención en algo podía ser un hombre muy exitoso. En realidad, su carrera está jalonada de éxitos. Me dejó atrás hace mucho tiempo; se remontó muy por encima de mí y se hizo de un renombre que yo jamás pude lograr. Aún no había cumplido cuarenta años, y ahora dicen que si hubiera vivido habría ocupado un alto puesto en el gobierno y quizá habría integrado el nuevo gabinete.

En la escuela me superaba siempre sin esfuerzo, como la cosa más natural. Cursamos juntos la mayor parte de nuestros estudios en el Colegio de Saint Althestan, en West Kensington. Entramos a la par en el colegio, pero él egresó mucho más adelantado, con un diluvio de becas y brillantes calificaciones, a pesar de que yo hice una carrera bastante buena. Y fué en aquella escuela donde oí

hablar de la Puerta en el Muro por primera vez; la segunda, fué un mes antes de su muerte.

Para él, al menos, la Puerta en el Muro era una puerta auténtica, que a través de una pared verdadera conducía a realidades inmortales. De eso estoy ahora convencido.

Y se enteró de su existencia muy temprano, cuando era apenas un chiquillo de cinco o seis años. Recuerdo que al hacerme depositario de su secreto, con pausada gravedad, efectuó los cálculos y razonamientos necesarios para determinar la fecha.

—Había una enredadera de Virginia, de color carmesí, un color carmesí uniforme y brillante, contra la pared blanca, bajo los rayos luminosos y ambarinos del sol. Esto, de algún modo, forma parte de la impresión que retengo, aunque no sé exactamente por qué. Y en el limpio pavimento, frente a la puerta verde, había hojas de castaños de Indias, en parte verdes y en parte amarillas, pero no pardas ni sucias, de modo que eran hojas recién caídas. De ahí deduzco que transcurría el mes de octubre. Nadie mejor que yo puede saberlo, pues todos los años vigilo la caída de las hojas de los castaños.

"Si estoy acertado en eso, yo tenía por aquella época cinco años y cuatro meses."

Habia sido, según él, un chico mas bien precoz; aprendió a hablar a edad anormalmente temprana, y era tan sano y "formal", como dice la gente, que gozaba de un grado de libertad que la mayoría de los niños sólo alcanzan a los siete u ocho años. Su padre murió cuando él tenía dos, y quedó al cuidado, menos vigilante y autoritario, de una institutriz.

Su padre era un abogado severo y preocupado, que le prestaba escasa atención, aunque esperaba grandes cosas de él. A pesar de toda su viveza de ingenio, creo que la vida le resultaba gris y opaca. Y un día empezó a vagabundear.

No recordaba en particular la negligencia que le permitió escapar, ni cuál de los caminos de West Kensington eligió. Todo eso se había desvanecido entre los incurables borrones de la memoria. Mas la pared blanca y la puerta verde persistían nitidamente.

Según lo que recordaba de aquella experiencia infantil, ya al ver por primera vez la puerta experimentó una extraña emoción, una atracción, un deseo de encaminarse a ella, abrirla y entrar. Y al mismo tiempo tuvo la absoluta certeza de que ceder a esa atracción

era imprudente o perverso; una de las dos cosas: no sabía cuál. Cosa extraña, insistió en afirmar que, a menos que la memoria le jugase una curiosa trampa, supo desde el primer momento que la puerta no tenía cerrojo y que podía entrar fácilmente.

Me parece ver la cara de aquel chico, atraído y rechazado.

Y también se le hizo evidente, aunque nunca me explicó por qué, que su padre se encolerizaría mucho si atravesaba esa puerta.

Wallace me describió con todo detalle esos momentos de vacilación. Pasó de largo ante la puerta y luego, con las manos en los bolsillos y tratando puerilmente de silbar, siguió caminando hasta sobrepasar el extremo del muro. Allí recuerda haber visto varias tiendas sucias, en particular la de un plomero y decorador, donde se amontonaban en polvoriento desorden caños de loza de barro, plomo en láminas, canillas, muestrarios de empapelados y tarros de pintura. Se detuvo, fingiendo examinar esas cosas, y *codiciando*, deseando apasionadamente la puerta verde.

Entonces, según me dijo, experimentó una rafaga de emoción. Corrió hasta la puerta verde,

temeroso de volver a vacilar. La embistió con el brazo extendido y la oyó cerrarse .a sus espaldas. De este modo, casi sin pensarlo, entró en el jardín que ha inquietado el resto de sus días.

Le resultó muy difícil a Wallace describirme la impresión exacta que recibió al encontrarse en aquel jardín.

Había algo en el aire mismo que regocijaba, que infundía una sensación de liviandad, de dicha y bienestar; que daba a todos los colores una nitidez, una luminosidad sutil y perfecta. Al entrar, se experimentaba una exquisita felicidad, esa felicidad que raramente se siente en este mundo y sólo cuando se es joven y alegre. Allí todo era hermoso...

Wallace se quedó meditando antes de proseguir. —Pues bien —dijo con el acento irresoluto del hombre que hace una pausa antes de referir algo increíble—, había allí dos grandes panteras... Sí, panteras moteadas. Y no tuve miedo. Había un sendero largo y ancho, con canteros de aristas de mármol a ambos lados, y esas dos bestias enormes y aterciopeladas jugaban allí con una pelota. Una alzó la cabeza y se acercó a mí, con cierta curiosidad al parecer. Llegó a mi lado, frotó muy suavemente su

oreja tibia y redonda contra la mano que yo le tendía y comenzó a ronronear.

Te aseguro que era un jardín encantado. ¿Y su tamaño? ¡Oh! Se extendía, inconmensurable, en todas direcciones. Creo que a la distancia había colinas. Sólo Dios sabe qué había sido de West Kensington. Y en cierto modo era como un regreso al hogar.

"¿Cómo explicarte? Apenas estuvo la puerta cerrada a mi espalda, olvidé el camino con las hojas caídas de los castaños, los coches de alquiler y los carros de los mercaderes; olvidé esa especie de atracción gravitatoria que me ceñía a la disciplina y la obediencia en casa de mi padre; olvidé todas las dudas y temores, olvidé la discreción, olvidé todas las íntimas realidades de esta vida. En un instante me convertí en un niño feliz, maravillosamente feliz en otro mundo. Era un mundo diferente, con una luz más tibia, penetrante y suave; con una tenue y clara alegría en el aire; con hebras de nubes acariciadas por el sol en lo azul del cielo. Y ante mí se extendía acogedoramente ese camino largo y ancho, con canteros sin malezas a ambos lados, donde esplendían flores que nadie cuidaba y jugaban aquellas dos grandes panteras. Sin

temor puse las manos sobre su pelaje suave, acaricie sus orejas redondas y los sensitivos pliegues debajo de sus orejas, y fugue con ellas, y era como si me diesen la bienvenida a mi hogar. Esta sensación de retorno al hogar era muy aguda. De pronto apareció en el sendero una muchacha alta y rubia, se acercó sonriendo a recibirme, dijo: "¿Y bien?", y me alzó y me besó, y después me bajó y me llevó de la mano; yo no sentía asombro sino la deliciosa impresión de que todo estaba bien, de que volvían a mi memoria cosas felices que de algún modo extraño olvidara.

Recuerdo una ancha escalinata de peldaños rojos, que apareció a mi vista entre espigas de delfinios, por donde subimos hasta entrar en una gran avenida sombreada por árboles muy viejos, oscuros y frondosos. A todo lo largo de esta avenida, entre los troncos rojos y hendidos, había suntuosos bancos de mármol, y estatuas, y mansísimas palomas blancas.

"Por esta avenida me llevó mi amiga, bajando el rostro para mirarme (aún recuerdo los rasgos agradables, la barbilla exquisitamente modelada de su rostro dulce y bondadoso), haciéndome preguntas con voz suave y placentera, contándome cosas; bellas cosas, estoy seguro, aunque nunca pude recordarlas...

De pronto bajó de un árbol un mono capuchino, muy limpio, con un pelaje pardo rojizo y bondadosos ojos castaños; se acercó a nosotros, corrió a mi lado y me miró sonriendo, y luego se encaramó a mi hombro. Y los dos seguimos caminando, muy felices."

Hizo una pausa. —Prosigue —le dije.

—Recuerdo pequeñas cosas. Recuerdo que pasamos junto a un anciano que meditaba entre laureles, junto a un lugar que alegraban las cotorras, y que atravesando una columnata ancha y sombreada entramos en un palacio espacioso y fresco, lleno de agradables fuentes, de bellas cosas, hechas a la medida de las promesas y los deseos del corazón.

Y había muchas cosas y mucha gente; a algunos aún los recuerdo con claridad, a otros más vagamente; pero todos eran hermosos y buenos. De algún modo, no se cómo, entendí que todos eran bondadosos conmigo, que se alegraban de tenerme allí, y me colmaban de alegría con sus gestos, con el roce de sus manos, con la bienvenida y el amor de sus ojos.

—Sigue.

Estuvo cavilando unos instantes.

—Encontré compañeros de juegos. Eso significaba mucho para mí, porque yo era un niño solitario. Se dedicaban a deliciosos juegos en un prado cubierto de césped, donde había un reloj de sol tratado con flores. Y jugar era amarnos...

"Pero —es extraño— hay una laguna en mis memorias. No recuerdo cuáles eran esos juegos. Nunca pude recordarlo. Más tarde he pasado largas horas esforzándome, incluso con lágrimas, por rememorar la forma de esa felicidad. He tratado de recrearla, solo en mi cuarto. Inútilmente. Lo único que retengo es aquella sensación de dicha y los dos amados amigos que con más frecuencia me acompañaban.

Luego vino una mujer sombría y morena, de rostro grave y pálido, con ojos soñadores; una mujer sombría, que vestía una suave y larga túnica de pálida púrpura y llevaba un libro; me llamó por señas y llevéme aparte a una galería, aunque mis compañeros no querían que me marchase e interrumpiendo sus juegos se quedaron mirando mientras yo me alejaba.

"—¡Vuelve pronto! —gritaban—. ¡Vuelve pronto con nosotros!